

EL LABERINTO,

PERIODICO UNIVERSAL.



SUSCRICION EN MADRID.

Un mes 8 rs.—Tres id. 20.—Seis id. 36.—Un año 70.—El número suelto 3 reales.

N.º 10. TOMO I.—SABADO 16 DE MARZO 1844.
Boix, Editor, calle de Carretas, núm. 8.

SUSCRICION EN PROVINCIAS.

Un mes 10 rs.—Tres id. 28.—Seis id. 54.—Un año 110.—Suscribese en las principales librerías del reino corresponsales de la casa.

RESUMEN.

Biografía de Zorrilla, por A. F. del Río.—Literatura extranjera. Bosquejos de España [Sketches in Spain] por el capitán S. E. Cook, de la marina real inglesa, por D. Enrique Gil.—El Diluvio, [poesía], por D. A. Ferrer del Río.—Trozos del retrato histórico de D. Enrique de Aragón, marqués de Villena, por J. E. de Hartzenbusch.—Espotolino, [novela] por la Señorita de Avellaneda.—El argumento de un drama, por D. Antonio Flores.—Viaje de S. M. la reina Cristina, por D. Juan Pérez Calvo.—Modas.—Lances de Madrid, [poesía], por D. Antonio Flores.—Entierro de la Sardinia.—Revista de la Quincena, por D. Enrique Gil.—Boletín bibliográfico.

BIOGRAFIA.

ZORRILLA.

Quien ansie nutrir su espíritu de emociones violentas, producidas por la lectura de extraños sucesos y de intrincadas aventuras, puede desde luego pasar por alto este artículo, escrito solo para los que consideran que en los lances menos azarosos y complicados hay interés, cuando se refieren á hombres que sobresalen entre sus contemporáneos, lanzándose en alas del genio á las diferentes carreras públicas. En una de ellas figura Zorrilla en aventajado puesto, y las misteriosas vías por donde á él se encumbrara, bien merecen ser conocidas de todos los que se recrean con sus obras y le siguen en el osado vuelo de su brillante fantasía, y ensalzan los portentosos engendros de su imaginación fecunda. Ya lo hemos insinuado, su historia es sencilla hasta el extremo: es una historia del corazón, una vida opulenta de gallardas ilusiones y de magestuosos delirios.

Es una historia puramente mía como otras muchas que á la par se ignoran,

dijo el poeta en una sentida composición que lleva por título *Las hojas secas* y está dedicada á su madre.

Nació Zorrilla en Valladolid el 21 de febrero de 1817: era su padre á la sazón fiscal de aquella Chancillería: confiando el gobierno á su celo diversas comisiones de importancia pasó sucesivamente á Burgos y á Sevilla, donde le siguió su hijo, quien adquirió los primeros rudimentos de enseñanza en esas tres ciudades, antiguas corts de los reyes de Castilla. Elegido su padre para desempeñar un alto empleo, vino á Madrid en su compañía, é ingresó en el seminario de nobles. Es digno de notarse que á los jesuitas deben su educación casi todos los jóvenes que hoy

figuran con mas ó menos brillo en la república de las letras; y aparte los defectos de que esa institución adolecía, forzoso es convenir en que sus individuos difundían las luces con mas ventaja que todos los establecimientos de instrucción pública; lo bien entendido de su método en la enseñanza ejercía saludable influencia en la mente de sus discípulos, inspirándoles amor al estudio.

Seis años permaneció Zorrilla en el seminario, y



en ellos cursó latin, francés, italiano y filosofía, descollando especialmente su afición á las bellas letras. Muchas fueron las composiciones que brotaron de su lozana fantasía en sus primeros juveniles años: las que versaban sobre asuntos religiosos eran el orgullo de sus maestros: escribió no pocas profanas sin que trascendieran fuera del recinto de su gabinete.

En los días de recreo para los seminaristas acostumbra su padre á llevarle á los teatros contra la voluntad y el consejo de sus directores, quienes considerando sin duda la elevada posición de aquel, no

querían manifestar á las claras su disgusto. Allí adquirió Zorrilla esa mágica entonación que dá á la lectura de sus hermosos versos, y que tantos quilates de valía añaden á los muchos que en sí encierran.

A su salida del seminario en 1833, su padre, caído en desgracia, vivía retirado en un rincón de Castilla, donde le visitó Zorrilla. Hubo desde luego desacuerdo entre el deseo y la voluntad del uno, y el gusto y la vocación del otro. Proponíase el padre destinar al seminarista al estudio del derecho: su aversión á esta carrera era profunda é invencible. No obstante su resistencia fué enviado á Toledo á cargo de un pariente suyo, prebendado de aquella santa iglesia, para cursar en la universidad primer año de leyes. Aun cuando era privilegiado su talento lo dominó su poca afición á la carrera y no hizo mas que ganar curso. En cambio recogió su brillante fantasía preciosos materiales á orillas del Tajo, en el recinto de la catedral, en los baños de la Galiana, en lo alto del miradero, en la graciosa ermita del Cristo de la Vega, y en otros sitios cuyas magníficas descripciones nos han admirado después en sus leyendas. Ciertamente es que aquel solitario y misterioso estudio, en que se amaestraba acaso sin apercibirse de ello, pues repetidas veces hemos oído de su boca que jamás creyó le sirviese la poesía para nada, le valía cotidianas desazones. Disgustaba entre otras cosas á su pariente porque no iba á comer á las doce en punto, porque no le acompañaba á paseo, llevándole el paraguas ó el breviario, y porque no vestía de continuo las hopalandas: esto agregado á su larga melena y á algunas cancioncillas de mala muerte que por entonces compuso, hizo que la gente sensata le tachase de loco y de calavera.

Por vacaciones volvió de nuevo al hogar de su familia, residente á la sazón en Torquemada, donde ya le habían precedido las noticias de su des aplicación y misteriosa conducta. Descontento su padre hubo de ocultar la expansión del cariño que le profesaba bajo las apariencias de frialdad y desabrimiento. Aun allí encontró Zorrilla jugoso pasto á su inclinación predilecta. *El Genio del cristianismo* y los *Mártires* del poeta del siglo formaban el recreo de sus horas en aquella triste y monótona vida tan contraria á la esmerada educación que en el primer colegio de España había recibido. También se nutría su espíritu con la lectura de ese precioso volumen en que Job expresó sus tribulaciones y David su arrepentimiento y sus proverbios Salomón, y sus parábolas y mandamientos el Salvador del

mundo. Poderosa impresion debieron producir en su mente aquellas páginas de donde la poesía brota á raudales, cuando algunos años despues dijo en una de sus composiciones:

Un libro santo nuestra iglesia tiene
que poetas cantaron y escribieron,
ó á el alma Dios de los poetas viene
ó ellos un Dios en su cantar mintieron.

No ya á Toledo sino á Valladolid fué enviado Zorrilla para continuar su carrera, como si con variar de universidades hubiera de sufrir mudanza la inclinacion á que parecia sujetarle su destino. Personas de clase vigilaban de cerca á nuestro jóven. Sucedia á menudo no encontrarle en su casa, lo cual inducia á sospechas, no infundadas si se atiende á que en la primavera de la vida arrulla nuestros sueños el aura de los amores, y se nos muestra sembrada de rosas y poblada de ilusiones la senda del vicio; sospechas todavia mas justas considerando no ser fácil de presumir que un estudiante se divirtiese en solitarios paseos, y gozase un día y otro día en la contemplacion del manso rio, á la sombra de la frondosa alameda, en la cima del enhiesto monte, ó en el fondo de la áspera quebrada. Comunicó aun mas impulso á sus risueñas esperanzas la aparicion de una de sus composiciones en las columnas del *Artista*, periódico de gratos recuerdos para la literatura.

Terminado el curso, de que sacó Zorrilla bien poco provecho, fué encomendado por persona de categoría al mayoral de una galera para que le condujese al pueblo donde su padre residia, cada vez mas disgustado del rumbo que tomaban las ideas del estudiante: este segun el dicho del autor de sus días, habia de vestir de paño burdo, de cavar sus viñas, y de arar sus propias tierras: dispúsole Zorrilla de otro modo, pues casi tocando ya el término de su viaje tuvo maña para tomar las vueltas al carretero, y aprovechándose con ánimo resuelto de la ocasion y de una yegua que pacia en el campo, propiedad de un primo suyo, echó por diferente camino, y llegó á Valladolid pocas horas antes que una requisitoria despachada en contra suya. Redujo en el instante á dinero la bestia que le habia prestado tan buen servicio, y sin pérdida de tiempo se plantó en la corte, donde pudo eludir las pesquisas de los amigos de su padre con el auxilio de su poblada melena y de unas gafas verdes que desfiguraban mucho su juvenil rostro, especialmente para los que no le habian visto desde manecbo.

Aguardábanle á Zorrilla en Madrid largas horas de angustias y penalidades que se estrellaron por fortuna en lo firme de su voluntad y en lo elevado de sus esperanzas. Hubo de pasar por toda clase de disgustos y escaseces, que tanto agovian al que los sufre, como le recrea narrarlos cuando ya están lejos y se hallan en posicion ventajosa. Próximo á espirar el plazo de un año que se habia fijado nuestro jóven para el logro de sus intentos, ocurrió la catástrofe que nos privara del Quevedo de nuestros días, del malogrado Larra. Era el día 13 de febrero de 1837, cuando sus amigos daban sepultura á sus inanimados restos. Profunda era la tristeza de cuantos asistían á tan fúnebre ceremonia: oprimia el dolor todos los corazones: retratábase la angustia en todos los semblantes. Habia entre aquella multitud desconsolada un jóven de corta estatura, pálido rostro, negra y rizada cabellera; jóven de todos desconocido y que como por encanto vino á ser fiel intérprete de los sentimientos que embargaban las voces y abrian el raudal del llanto. Zorrilla, pues no era otro el jóven á quien hacemos referencia, empezó á leer con lúgubre y magestuosa entonacion la poesía que va al frente de sus obras: no le permitió concluir la pena que le afectaba, y hubo de hacerlo el señor Roca de Togores. Entonces las lágrimas que brotaron de todos los ojos alternaron con la sorpresa que produjo la adquisicion de un poeta sobre el sepulcro de otro poeta. Pérdida tan dolorosa para la literatura como la de Larra requería por consuelo un hallazgo como el de Zorrilla: la Providencia es sabia en todo.

Pocas líneas bastan para terminar estos apuntes. Todos los periódicos insertaron á porfia la compo-

sicion del nuevo poeta, quien publicó otras no menos notables en *el Porvenir*, diario que dirigia el señor Donoso Cortés. A poco amenizó con nuevos frutos de su imaginacion lozana las columnas del *Español*, cuando estuvo á cargo del señor Villalta: en el Liceo, fundado por el señor Fernandez de la Vega, creció con celeridad su bien merecido renombre.

Ha publicado en corto espacio doce volúmenes de poesías y leyendas: nos parecen excelentes entre las primeras *El día sin sol*, *la Noche inquieta*, *el Reloj*, y *Horizontes*; y entre las segundas *A buen juez mejor testigo*, *el Capitan Montoya* y *Margarita la Tornersa*.

Tambien el teatro ha sido campo de sus victorias literarias. *Lealtad de una mujer y aventuras de una noche*, es su comedia; *la Segunda parte del Zapatero y el Rey*, su drama; *Sancho Garcia*, su tragedia; *el Puñal del godo*, su fantasía. *D. Juan Tenorio*, drama que ha de representarse en breve ornará sin duda con nuevos lauros la coronada frente del poeta.

A. F. DEL RIO.

LA LITERATURA EXTRANJERA.

Bosquejos de España (Sketches in Spain) por el Capitan S. E. Cook, de la marina real inglesa.

Aunque la importancia de los viajes está fuera de toda duda, pues sabido es que pocas cosas, tal vez ninguna, maduran mas el entendimiento y fortifican el juicio, para nadie deben tener mas precio que para los países mismos que son objeto de esta clase de investigaciones. Las preocupaciones de la educacion, el ascendiente irresistible de la costumbre, los recuerdos mas dulces de la vida, y por último el amor á la patria, que suele ser, si no la mas ardiente, por lo menos la mas duradera de las pasiones, contribuyen á cegar nuestros ojos y forman en derredor de nosotros una atmósfera moral, si así puede llamarse, que no por invisible deja de influir poderosamente en nuestras ideas. Por eso es tan instructiva la comparacion entre nuestras impresiones y las de otras personas cuyo criterio no ha sufrido las mismas modificaciones desde luego: por eso semejantes análisis y observaciones suelen ser camino derecho de la verdad y fianza segura de progreso, y por eso finalmente una de las esperanzas mas firmes que puede abrigar nuestro corazon, es la de que la comunicacion continua entre las diversas familias del linaje humano acabará por establecer, sino las relaciones de amor del Evangelio, por lo menos aquella tolerancia y benevolencia que tanto adelanta la causa de la civilizacion universal.

Era máxima del célebre Bacon de Verulamio que el saber somero solia ser causa de irreligion, mientras el profundo nos llevaba á Dios, su manantial inagotable y puro. Una cosa bastante parecida se puede decir de los viajes. El que visita un país con un sistema de antemano formado, en posta ó por las huellas de otros viajeros no menos presurosos y superficiales, sobre todo cuando este país está marcado con el sello de una individualidad profunda y coloreado con un sin fin de matices; ese no solo contribuirá poco á rectificar sus ideas y dar solidez á su juicio, sino que sus observaciones serán un funesto presente á quien las leyere y causa eficiente de conservar vivas y chorreando sangre las antipatías y pretensiones, no siempre fundadas, de las naciones entre sí.

Por el contrario, el viajero que al recorrer una comarca hace abstraccion de sus recuerdos y discursos anteriores, que juzga las cosas en su valor intrínseco desnudas de las convenciones sociales y sin referirlas sino á aquellas ideas eternas, fijas é invariables en que se funda la esencia de lo bueno, lo verdadero y lo bello; el que lleve, en suma, por guía en sus indagaciones la imparcialidad del filósofo y la benevolencia que por lo comun suele servir de fondo á la verdadera ilustracion, ese será eficazísimo obrero en la tarea de la reconciliacion universal, y campeón esforzado en la gran batalla del error y la verdad.

Por desgracia de nuestra hermosa España (y no es por cierto la menor de las suyas) rarísima vez la

acontece abrigar en su seno á quien no se complazca en abrir en él heridas mas ó menos profundas, y que se empeñe en hacerle expiar, ya con el aguijon del sarcasmo, ya con las venenosas armas de la calumnia, lo poco que le queda de su grandeza pasada. Tan triste como indigna, y á la cual para desdich de nuestra y mengua y baldon del siglo en que vivimos han contribuido nombres de los mas ilustres! El coronel Napier y los lores Londonderry y Aberdeen se han empeñado en deslucir nuestra gloriosa guerra de la independencia, no de otra suerte que si la ignominia de la nacion española fuese digno pedestal á la grandeza del duque de Wellington, su ídolo y patrono. Chateaubriand como para descontar superabundantemente los interesados elogios que en el *Ultimo Abencerraje* hacia del carácter español con una intencion puramente política y mientras duraban los heroicos esfuerzos contra Napoleon, ha acumulado errores mas torpes y groseros sobre nuestra indole y costumbres en el *Congreso de Verona*. Jorge Sand ha dicho del pueblo Balear, que serian capaces de comerse unos á otros, y por último Teophile Gautier ha venido el postrero á regalar á la prensa francesa y á la Europa culta esa sarta de disparates y sandeces que tantas veces han hecho asomar la sonrisa de la compasion y del desprecio á los labios las personas que del lado de acá de los Pirineos se han tomado el trabajo de leerlos.

De los mas tenemos razon para quejarnos, pero nuestros vecinos traspirenaicos de tal manera han traspasado mas de una vez la raya de la racionalidad y verosimilitud que sus mismas exageraciones han servido de correctivo y contraveneno á la desventajosa opinion que de nosotros pudiera formarse si la gente pensadora de otros países hubiera de atenderse á sus peregrinas invenciones. Conocida es la conciencia de sus opiniones, la modestia de su carácter, la sencillez de su estilo, las penalidades que se sujetan solo por amor á la verdad, y por último su indiferencia hacia el efecto que puedan producir, para que sus aseveraciones tengan siquiera el peso de la probidad. Con sentimiento lo decimos, pero hasta ahora no ha llegado á nuestras manos obra alguna francesa, sobre todo de los últimos tiempos, en que no se rinda un homenaje de ruin lisonja á las preocupaciones que aquel pueblo ilustrado y culto, por una extraña contradiccion, abriga contra nosotros.

Por desgracia las observaciones de los demas viajeros europeos que mas de una vez nos hacen justicia, rara vez llegan á indemnizarnos de las imputaciones y desvarios de los franceses, pues sabido es que lastimosamente la ignorancia reina generalmente entre nosotros sobre las demas lenguas. Estrella nuestra debe de ser sin duda que la relacion y estrecha alianza con Francia, reclamada por la buena política, haya de fallarnos mas de una vez, y que su literatura, sus artes, y aun su moral, distantes como el cielo de la tierra de nuestro carácter, de nuestros hábitos, de nuestros antecedentes, de rondon se nos entren por las puertas. Con cualquier otro de los pueblos europeos nos une simpatías y concordancias mas marcadas: Walter Scott y Manzoni se asemejan infinitamente mas á la novela á Cervantes que Victor Hugo, Dumas, Soulié y demas escritores franceses de este género: nuestro teatro indigena se parece harto mas al de Shakespeare que al clásico de Luis XV y al desbarahustado de nuestros días; nuestro Espronceda tenia mas analogias con Lord Byron y Tomas Moore, que con ninguno de los poetas vecinos, y en prueba de lo bien que nos comprenden, los alemanes traducen palabra á palabra y verso á verso las obras de nuestro Calderon, y su entusiasmo aventaja al nuestro propio.

¿Por qué fatalidad, pues, ya que el árbol de nuestra grandeza literaria y artistica ha perdido gran parte de aquella sávia que antes le hacia lozano y frondoso entre todos, nos empeñamos en ingertarle con un vástago tan exótico y desdeñamos los retoños de la misma familia?

La lectura de los *Bosquejos de España* del capitan Cook; *la Biblia en España* de Berrow y las *Escenas de la vida Méjico* de la señora de Calderon de la Barca, obras todas inglesas, nos han sugerido estas reflexiones y consolidado una opinion que comenzó á formarse en nuestro entendimiento, no bien saltó los límites de la literatura francesa,

presente por desgracia á sus ojos antes que las de-
mas de Europa, y aun que la patria misma. Su-
puesto la mayor analogía de carácter entre la gra-
vedad española, la seriedad inglesa, y la meditada
tendencia del pueblo alemán, bien podía deducirse
que sus monumentos literarios y artísticos, genuina
expresión de su sentimiento íntimo, habían de estar
ligados con los españoles por vínculos de parentesco
próximo; pero como suele suceder con las teorías
de la razón caliente en su seno, la práctica y el
detallado cotejo no han hecho mas sino poner á nues-
tros ojos de manifiesto la exactitud de la presente.

Buena prueba de ello es el libro de que nos he-
mos propuesto hablar en este artículo, recomenda-
ble no ya por la solidez de juicio que descubre, no
ya por su estilo modesto y desnudo de pretensiones,
sino por la benevolencia y nobleza que en cada pági-
na transpira, y que tan vivo contraste forma con el
espíritu acre y ciegamente mordaz, alma de una gran
porción de escritos de este género.

La prodigiosa cantidad de noticias que contiene
y que apenas podía figurarse nadie que cupiesen en
tan breve espacio, prueban además la diligencia su-
ma del autor y la manera con que aprovechó su re-
sidencia de cerca de tres años en España. Largo es
el camino que hemos andado desde 1829, 30 y 31,
época á que se refieren las observaciones del Capi-
tan Cook; numerosas las transformaciones políticas y
sociales desde entonces experimentadas: graves sin
duda alguna las alteraciones en las costumbres, y
sin embargo, nadie dejará de conocer en estos apun-
tes no solo la España que pasó, sino la España mis-
ma de nuestros días, por trocada que aparezca. Sus
principales rasgos están señalados tan profunda y
hábilmente que no pueden ocultarse á nuestros ojos,
y son buena muestra de la sagacidad y detenido exá-
men del autor.

«En este libro, dice en el prólogo, se hallará un
análisis de la manera de gobernar muy poco conocida
fuera de España, y de la rara amalgama de los diver-
sos brazos del gobierno: de las ramas militares y civiles
de la administración: del clero, los monges y los esta-
blecimientos eclesiásticos y sus rentas: de los usos y
modales del pueblo: de los ladrones y el sistema adop-
tado por esta ralea de gentes: del comercio y las ren-
tas, con una relación de algunos curiosos modos de co-
brar las contribuciones sumamente parecidos á los
usados en el Oriente. También se hallará una noticia
de los mármoles, vinos, caballos y minas considerados
bajo el punto de vista económico. Se encuentra ade-
más un bosquejo descriptivo del nacimiento, progres-
sos, decadencia y restauración de la arquitectura con
noticias de los mejores arquitectos. La escultura está
también ordenada, y se da otra noticia histórica de sus
progresos desde su época mas temprana hasta la pre-
sente, con relación de los sitios donde se encuentran
las obras mas eminentes de cada autor. Iguales datos
y con el mismo plan se proporcionan acerca de los pin-
tores con un bosquejo completo de todas las escuelas
en ambos ramos, en que apenas se echa de menos un
miembro precioso.»

La última división de la obra trata de historia na-
tural. «En ella se encontrará relación de los bos-
ques de España incluso los Pirineos, y una noticia
de la natural vegetación del arbolado por todo el país,
con sus zonas ó grados de elevación, y algunas especies
nuevas ó poco conocidas.»

«Va asimismo un breve sumario de la ornithología,
y una noticia de las especies que pudo observar el autor
y que no son conocidas. La conclusion contiene una
idea general de la estructura geológica de la mayor
parte de España, gran porción de la cual es nueva ó se
conoce imperfectamente. Los capítulos sobre bos-
ques y geología tienen planos aclaratorios para facilitar
su explicación.»

Ni es esto solo lo que el autor abraza, pues en el
capítulo de las relaciones con Francia, último del tomo
primero, anda muy político y atinado, si bien no acier-
ta á desprenderse enteramente en ocasiones de su ten-
dencia puramente inglesa. Todos estos puntos están
tocados con raro juicio, generalmente hablando, en
dos solos volúmenes de regular extensión; cosa que
parecería increíble á no advertirnos el autor «que em-
pleó el mas esquisito cuidado en condensar y concen-
trar; pues de lo contrario, claro está que la obra se
hubiera extendido mucho, cosa que procuró evitar.»

Tan al pie de la letra se encuentra cumplida esta
promesa, que habiendo de acompañarle nosotros en
ocasiones, preferirémos extractarle; bien convencidos
de que nuestro resumen nunca acertaría á ser tan com-
pendioso y nutrido como el suyo. De esta suerte logra-
remos dar á conocer al mismo tiempo el estilo y razon-
mientos del capitán Cook á los lectores, que de otra-
suerte se verían privados de ellos, ó por no comprender
el original ó por no poseerlo; y con tanta mayor razon
nos determinamos á este partido, cuanto que el can-
dor y buena fe que revelan los siguientes párrafos, y
no se desmiente en toda la obra, da lugar á poquitas
rectificaciones por nuestra parte, y de esas ninguna
fundamental.

«El autor se ha guiado en sus averiguaciones solo
por autoridades nativas ya en documentos escritos, ya
en informes de viva voz que en grande abundancia es-
tan al alcance de quien se tome tiempo para vivir con el
pueblo y adquirir su lenguaje, pues es el mas trata-
ble y despejado del mundo cuando llega á entenderse-
se, y el mas dispuesto á secundar las miras de los que
procuren enterarse é instruirse entre todas las naciones
de Europa que ha observado el autor sucesivamente.

Los favores recibidos sobre este particular y du-
rante un trato de la mayor afabilidad con que el pueblo
mas humano y culto puede recompensar á un extran-
jero, sin mas mérito á sus ojos que el de juzgar im-
parcialmente acerca de los asuntos pertenecientes al
país, son mas de lo que él por su parte puede pagar,
y reclamarán siempre su mas vivo agradecimiento.

Excusado es advertir que las inexactitudes de las
especies que circulan sobre este país son muy grandes.
Los libros mas entretenidos y mejor escritos publica-
dos últimamente pululan en errores en cuanto á los
hechos, por mas agradable que sea su estilo. Los fran-
ceses y nosotros somos igualmente dignos de censura
en el particular, cosa tanto mas lastimosa, cuanto que
entrambas naciones han tenido extenso trato con
España.

«Al examinar los pormenores de la sociedad y del
gobierno, debe tener presente el lector que hay gran
número de contradicciones, de anomalías y paradojas;
mezcla de inteligencia por parte del pueblo, y de estu-
pidez por la de los gobernantes: de libertad y esclavi-
tud; de rudeza que casi toca en la vida salvaje y de
la mas alta civilización. El discordante resultado de
semejantes causas y combinaciones, da á este país
aquel interés que sienten la mayor parte de las gen-
tes, pero que nadie puede apreciar con exactitud á
menos de haberlo presenciado.»

«La inestimable ventaja de las variadas tareas que
sirven de contorno estos apuntes, fué la de descubrir
al pueblo como no se hubiera presentado en distintas
circunstancias; desde lo encumbrado hasta lo humil-
de, y pasando por medio de todos los rangos y cate-
gorias de la sociedad. Es inútil notar la ventaja de
variar de estudios en un país como este donde cada
parte tiene la suya de interés, y en que hasta las co-
marcas mas salvajes y terribles proporcionan su cuota
de instrucción ó de entretenimiento.»

Las correrías del autor arrancan casi todas de
Madrid, y á todas partes alcanzan, si se exceptúa
Galicia y la parte mas occidental de Castilla la Vieja.
Lástima es esta excepcion sin duda, pues en aquellos
distritos hubiera encontrado abundantemente con que
satisfacer su afición á las ciencias naturales, y en es-
pecial á la geología y mineralogía, y nosotros datos
curiosos, y que en vano buscaríamos en los pocos es-
critores que cuenta nuestro país en la materia.

Como quiera que nos es posible seguirle en to-
das sus escursiones, á menos de copiar su obra por
entero; pero le acompañaremos en algunas ocasio-
nes. Su primer viaje desde la capital, fué, segun pue-
de presumirse, á Andalucía, Córdoba, Granada y Má-
laga. Veamos la impresion que hizo en su ánimo la
segunda de estas ciudades.

«Atravesamos á Santa Fé donde el ejército de
los reyes católicos (nombre que se da á Isabel y Fer-
nando) asentó sus reales durante el asedio. Ahora es
un pueblo miserable con una suntuosa iglesia moder-
na.—La vista de Granada por el lado de la vega que
es por donde yo me acercaba, es la mejor en conjunto,
pues abarca todo el espacio de un lugar que en punto
á magnificencia exterior no burlará seguramente las
mas alegres esperanzas. La extensión de la ciudad con
sus numerosas torres y cúpulas desde el arrabal del

otro lado de la puerta de Elvira al naciente, hasta
la margen del Genil que la circunda por el poniente,
coronada con las torres encarnadas de la Alhambra;
con los numerosos jardines y viñas sembradas por en-
medio, la empinada y áspera cordillera que guía la
vista á la perenne nieve del mediodía, forma un con-
junto (*ensemble*) que apenas necesita para realce la
ayuda de lo novelesco que acompaña su historia.
Hacia el lado del poniente desemboca el Genil de una
hermosa hondonada que puede seguirse con la vista
durante un rato por entre viñedos, olivares y mo-
rales.

El Monachil, arroyo de caudal casi igual, que da
su nombre á una aldea situada en un lugar ameno y
apartado, rara vez visitado aun por los naturales de
la ciudad, ó lo recibe de ella, mezcla sus aguas á las
del Genil mas arriba de los paseos que son uno de los
hechizos de Granada. Encima de Monachil está el
camino mas corto para Sierra Nevada, y una silvestre
y pelada montaña separa su corriente de la del Genil
en su origen, hasta que se juntan en la llanura de
abajo. Despues de salir de la garganta que ocupa la
aldea, el Monachil toma una vuelta por un llano en
frente de la aldea de Azubia, la mas hermosa de las
que rodean la capital. Está situada en una colina que
se extiende hermosamente á la manera de Frascati
con jardines y casas de campo, nobles cipreses y otros
árboles, y es retiro favorito de los granadinos. Parte
de los trabajos del sitio, fueron dirigidos desde allí.
Mas allá hacia el poniente, todo es un páramo árido
y terrible.»

En su siguiente viaje el autor visitó la costa de
Murcia y particularmente Torre Vieja, poco des-
pues del terrible terremoto de 1829.

«Torre Vieja está, ó mas bien, estaba asentada
en un banco bajo de roca (*á love table of rock*) entre
el mar y una gran laguna salada. Entonces era un
monton de ruinas, pues no quedaban en pié mas
edificios que los molinos de viento de las afueras que
por su figura redonda y poca elevación resistieron
los destructores sacudimientos con que vinieron abajo
todos los demas edificios. Ricos y pobres, grandes y
pequeños cayeron envueltos en la comun ruina, y
hubo gran dificultad en salir de las calles que eran
anchas y regulares. El temblor sobrevino á la ora-
cion sin el menor anuncio ó alteración atmosférica
con un movimiento oscilatorio desde poniente á
oriente y todo el estrago fué obra de pocos minutos.
Cerca de treinta personas perecieron en especial de
los que pasaban por las calles, con la caída de las
casas de los lados. El cura, su anciana madre y una
criada, fueron de este número al salir de la suya.
La población era de cosa de 2,500 almas: el lugar
limpio y bien construido: los habitantes ahora esta-
ban alojados al rededor en habitaciones provisionales.
Me salió al encuentro un hombre muy respetable que
se ofreció á acompañarme al rededor del pueblo y me
señalaba las localidades. Entre las demas me mostré
las ruinas de su propia casa sin quejarse ni hacer alu-
sion alguna á su desgracia. Cuando acabó me llevó á
su habitación que era una cabaña compuesta prin-
cipalmente de ramas de palma y tan pequeña que no
había que pensar en entrar en ella, pero me la ofre-
ció junto con aguardiente y todo lo demas que tenía,
con aquel noble, sencillo é inimitable desembarazo,
peculiar á este pueblo. Las mujeres de mejor clase,
algunas de ellas de mucho atractivo estaban trabajan-
do sin descanso en su bordado y en otras labores
domésticas propias de la España Mora, asomando
sus cabezas por las estrechas ventanas, hasta que la
ausencia de los últimos rayos de luz las obligaba á
dejarlo.»

«Yo dormí en una cabaña en el sitio que represen-
taba la posada donde me pusieron una cama limpia ten-
dida en el suelo. Las delgadas vigas estaban amarradas
con cuerdas á las paredes para evitar accidentes, y la
gente cuyo cariño y atención nada podía sobrepujar,
me aseguró que nada tenía que temer si algun sacu-
dimiento ocurría durante la noche. Cuando me le-
vanté al rayar el día, las mujeres estaban ejecutando
con característica jovialidad los oficios que sus cria-
dos hubiesen hecho en su lugar en tiempos mas feli-
ces, barriendo sus humildes (1) verandas y las de-

(1) Esta palabra que en letra cursiva y como española
encontramos en el libro no sabemos si es provincial ó está
equivocada, pues no la trae el Diccionario de la lengua.

lanteras de sus casas, de trapillo (*in loose attire*) como se habían levantado de sus camas, con su largo cabello (que si es la gloria de las mujeres, mucho mas lo es de las españolas) suelto al viento y cayendo hasta mas abajo de la cintura. Todo el paraje era una pintura de ingenua y alegre resignacion. No se veia un mendigo, ni se oia entre ellos una queja, ni un murmullo.»

Tambien las pinturas del capitán Cook abundan como ven nuestros lectores en *ingenuidad* y gracia, y prueban la índole flexible y noble de su talento, pero hay otros pasajes en que con pocas pinceladas sabe trazar un paisaje vigorosamente y con soltura á modo de los de Velazquez y Salvator Rosa. Hé aquí el cuadro de Lanjaron.

«Desde aquí (campo de Orgiva) una cuesta de una legua me condujo á una cumbre desde la cual se descubre la primera vista de Lanjaron, larga y despar- ramada aldea situada en una pendiente rápida que sube á Sierra Nevada, cuya eterna nieve se divide á lo lejos por los descubiertos. La base en que descansa la aldea está cubierta de la vegetacion mas lozana y cercada de moreras, castaños, robles, olivos, limoneros, palmas y naranjos. Las vides se enlazan con los árboles como en Italia. La cuesta termina repentinamente por la parte de abajo en un profundo barranco cuyo lado opuesto se alza como una colosal muralla, y un pico que sobresale está coronado con un arruinado castillo. En el valle del fondo hay molinos semejantes á los de Italia. Bastante lejos al Mediodía desde una cordillera llamada por excelencia la Sierra de los Moros, se vé el Mediterráneo. Al occidente caen empinadas montañas que forman paisajes de forma la mas clásica. Tal es la situacion de este hermoso paraje, gloria de la Sierra Nevada, que puede competir en belleza pintoresca con otro cualquiera de Europa. En verano está muy concurrido á causa de las fuentes minerales, una de las cuales es un aperitivo salino muy fuerte y está reputada por de eficacia grandísima para debilidad é indigestiones. Con el abrigo de la montaña de la espalda, el clima es tan benigno, que á pesar de su elevacion los árboles salieron sin daño del tremendo invierno de 1829—30. Al siguiente día partí para Granada, y cruzando una cordillera entré en el desfiladero abierto que separa la masa de Sierra Nevada de las tierras altas de Alhama y Sierra de Tejada, y forma la comunicacion de la morisca capital con la costa. Imposible es aventajarle en galanura, porque es una alameda de olivos con palmas, naranjos y limoneros, jardines, frutales y edificios como los de los Poussins. Los trozos abiertos de este escenario muestran las magníficas lontananzas de las opuestas montañas y pertenecen al verdadero género de los grandes paisajes. Durcal llamado Urcal por estos semi-árabes, porque nunca pronuncian la D, tiene abundantes manantiales de agua delicada que brotan de las rocas, y para variar estas interesantes perspectivas hay profundos barrancos. Este panorama termina en Padul que era un llano pantanoso y ha sido saneado. Mas arriba de él comienza el triste y descolorido páramo desde cuyas mas altas eminencias lanzó Boabdil su último suspiro á las blancas y resplandecientes murallas de Granada.»

De intento hemos extractado este trozo, aunque largo no solo por su vivo colorido y grandes rasgos, sino por el contraste que forma con la opinion de una autoridad grande entre los ingleses, el célebre pintor David Wilkies que nada halló de recomendable en este género en la variada y novelesca España, ni mas ni menos que si el cruzarla en diligencia desde el Pirineo al Mediterráneo atravesando los yermos de las dos Castillas, fuese bastante para juzgar atinadamente del asunto (1).

(Se continuará.)

(1) V. la vida de este pintor por Allan Cunhingram.



EL DILUVIO.

Y las aguas prevalecieron mucho tiempo, sobre la tierra y fueron cubiertos todos los montes altos debajo de todo el cielo.

Génesis, cap. 7, ver. 19.

A la voz del Señor nació la tierra y al firmamento puso por techumbre del fértil llano y la encumbrada sierra donde brilló del Sol la régia lumbré; y brotó el manantial, sopló la brisa, y en armónica risa murmuraron las aves sus cantares, y el arroyo, en su grato desvarío, llevó sus aguas al pomposo río y manso el río las llevó á los mares.

Hizo el vergel de los jazmines gala; con orgullo á la cándida paloma mecía el viento en su flexible ala impregnada de músicas y aroma: daba el cisne á las aguas donosura y hacía la excelsa altura majestuosa el águila subía que eran imán de sus ardientes ojos del encendido Sol los rayos rojos, raudal inmenso cuya luz bebía.

Entonces no empañaba nube alguna el limpio azul del celestial espejo: era el tranquilo mar vasta laguna y del poder de Dios solo un reflejo: no entonces sus cantos la sirena ni rugía la hiena de sangre tinto el insaciable diente: ni se escuchaba el desacorde duo que forman hoy con su graznar el buho, con su feroz silbido la serpiente.

Un querubín de excelsitud radiante casto como la lumbré de un lucero, amado de su Dios, del hombre amante, era entre Dios y el hombre mensajero. De sus ojos manaba aurora pura, de su aliento frescura sobre el valle, y la selva y la montaña; y cobijando su ala esclarecida del hombre la mansion, todo en su entraña guardaba el germen de perpetua vida.

Rebelde el querubín alzó la frente y Dios excelso anonadóle al punto: fué el hombre á su mandato inobediente y su muerte y desgracia vió en conjunto. Y su nivel perdiendo la balanza de gloria y bienandanza que espíritu celeste sostenia todo fué estrago de la vida en torno, y alterada su pompa y su armonía hubo en el mundo universal trastorno.

Reinaron en la atmósfera huracanes que arrastraban en pos las secas ramas: pobláronse los rios de caimanes, las altas cimas vomitaron llamas: se entoldaron los anchos horizontes, el eco de los montes rugidos imitó de tigre hambriento... Así Jehová por la mujer altiva del vasto mundo socavó el cimiento sin volverlo á su nada primitiva.

«Adán ingrato, pronunció entre asombros omnipotente voz en su amenaza, todo el delito pesará en tus hombros y en tí maldita crecerá tu raza. Marchitó con sus frutos tu inocencia el árbol de la ciencia, y por castigo de tu orgullo vano tus horas cercarán males prolijos, morderá tus entrañas ruin gusano é ingratos como tú serán tus hijos.»

De horribles plagas descargó en la tierra la cólera de Dios funesto enjambre, y audaz el hombre se lanzó á la guerra entre horrores y luto, peste y hambre. Si alzó sus ojos al celeste trono mas se aumentó su encono de tan dulce mansion viéndose indigno; y atroz blasfemia formuló su boca, surcó su sien exterminante signo y no tembló su corazón de roca.

Y mas el hombre ensangrentaba el suelo creciendo mas en su insoferte arrojo, y aun con su voz los ángeles del cielo aplacaban de Dios el justo enojo.

Artífice del mundo soberano en él sentó su mano, los astros separó de su carrera, tinieblas y no mas dejó en el mundo, cargadas nubes suspendió en la esfera y levantó el nivel del mar profundo.

Volcáronse sus olas y cubrieron espacio inmenso de llanuras gratas, y espantosas y horribles cayeron del cielo desprendidas cataratas. Todo era inundacion; y las naciones plegaron sus pendones de tanta ruina y mortandad testigos: sus querellas sin fin allí cesaron, y monarcas y pueblos enemigos en sus trémulos brazos se estrecharon.

Holló los templos su caduca planta invocando al Señor su lengua impía; mas ni un rayo de luz su imagen santa vertió en la antorcha de su fé tardía. Estéril fué su afán; faltos de asilo lágrimas hilo á hilo

brotaaron de sus ojos hechos fuentes: lágrimas ¡ay! para anegarse en ellas acreciendo el raudal de los torrentes que iban en pos de sus fugaces huellas.

Inútil fué al cariño del hermano en su virgen tener casta paloma, y las madres solícitas en vano juntas treparon á la enhiesta loma. ¿Qué vieron desde allí? rocas distantes, de tímidos amantes

en la antigua mansion de sus venturas hallaban de un volcan la hirviente lumbré, y antes de ahogar en él sus amarguras sorbía el mar la portentosa cumbre.

En vano la amistad ruda embestia de horribles osos formidable tropa, y el tronco de los árboles asia para subir á su robusta copa. ¡Tambien allí con incesante anhelo su fatigado vuelo

detuvo el ave que á su esposo llama, dulce, desconsolada, mística y sola, y al buscar salvacion de rama en rama, soberbio el mar crecia de ola en ola!

Si en desusada union los viros séres, la oveja humilde y el hambriento lobo, aves, reptiles, hombres y mujeres, ganar lograron del perdido globo peñasco excelso... En su eminencia in forme chocó la masa enorme del ronco mar que estrepitoso ruge, sin valla alguna que su triunfo estorbe, y allí sepulta en su postrer empuje la última cima que ostentaba el orbe.

Truécase el ruido en funeral sosiego: del caos imagen bajo el mar profundo, muerta la luz y sin calor el fuego, se disuelve tal vez sumido el mundo. Si una chispa en tu cólera derramas, si las nubes inflamas, envuelto ¡oh Dios! en su vapor rojizo tambien el mar hacia su nada rueda, y llevándose en pos cuanto deshizo ni un solo rastro de tus obras queda.

Mas novibra, Señor, tu omnipotencia el rayo destructor de la venganza, desarma á tu justicia tu clemencia, brota de tus castigos la esperanza. No ya la lumbré de tus justas iras en tus órbitas giras, ni densa nube tu dosel empaña: vario de tornasol, rico de lujo brillante el iris tus esferas baña y todo cede á su divino inilujo.

Mandas que el mundo ante tu faz reviva: tornan las aguas á su antiguo cauce: su frente eleva la gallarda oliva, su frente dobla el macilento sauce: ¡contraste misterioso! verde aquella nuestra ventura sella; y sus ramas el sauce místico inclina, de nuestro miedo inextinguible neta, pues aun parece que entre el mar germina sus aguas destilando gota á gota.

De verdores la selva se reviste; mas las borrascas sus contorno agitan, y despiertan sus ecos y en son triste de inmensas olas el bramido imitan. Renace el sol, magnífico, opulento, dá á cuanto vive aliento;

mas siempre de las aguas se desprende su excelsa luz: por los espacios vaga: hácia su ocaso espléndido descende y allá en los mares su esplendor apaga.

Si arroyos dulces con susurro blando amenos valles en sus giros riegan, raudos torrentes á su faz rodando, su gala inundan, su verdor anegan. Si de árboles se cubren las montañas, también voces extrañas,

lúgubres ayes en sus antros quedan, cual testimonio del diluvio aciago, y su cárcel quebrantan, y remedan la confusion de tan horrible estrago.

¡Allí está el mar, aterrador coloso! su ira sofoca, su rigor enfrena, y ofrece al mundo universal reposo, débil muralla de menuda arena.

Ya le comprime omnipotente mano; ya en flujo cotidiano su extensa mole á levantarse vuelve, y nuevas muestras de exterminio añade, y un día y otro su muralla envuelve, y un día y otro su recinto invade.

Do quiera que tendamos nuestros ojos, por mucho que á su angustia hallen recreos, hay de aquella catástrofe despojos, de la divina cólera trofeos.

Présagos son de asolacion mas honda, en que nada se esconda de otro futuro y vengador castigo, que hunda y sepulte á nuestra raza impía, sin que se alce otro mar como testigo del negro caos de tan infausto día.

A. FERRER DEL RIO.

TROZOS

DEL RETRATO HISTÓRICO

DE DON ENRIQUE DE ARAGON,

Marqués de Villena.

Obra premiada por el Liceo de Madrid en los Juegos florales de 1843.

II.

Mancebo don Enrique, y según la expresion del citado Fernán, «muy inclinado al amor de las mujeres», urgía casarle. El abuelo, el rey ó los dos, le escogieron la esposa, que fué doña María de Albornoz, poseedora de los mayorazgos de Albornoz, Moya, Utiel, Torralba, Beteta y otros grandes heredamientos que la constituían una de las mas opulentas damas de su tiempo en Castilla. No sabemos cuando fuese celebrado este casamiento; consta sin embargo que á 9 de agosto de 1403 don Enrique y doña María ya eran esposos. El rey hizo al novio conde de Cangas y Tineo: el título y la boda fueron la recompensa de la renuncia hecha por don Enrique de sus derechos al marquesado de Villena: señal bien palpable de que aquellos estados valían tanto mas que la cantidad por que fué ejecutado el conde de Denia. Ignórase si don Enrique aceptó ó no con gusto el casamiento que le negociaron: lo que no puede dudarse es que á poco tiempo estaba ya bien arrepentido. No es fácil adivinar cuál fuese la verdadera causa de la desavenencia entre ambos cónyuges; pero bastaba con que sus genios y natural fuesen opuestos. Rades de Andrade, autor de una crónica de la orden de Calatrava, afirma que el rey don Enrique III tenía afición á doña María; pero los cuatro escritores contemporáneos, Alvar García de Santa María, Juan de Mena, Fernán Pérez y el médico Gómez de Cibdad Real, ni una palabra dicen de que pueda traslucirse este culpable amor; además de que el carácter tímido y sombrío del rey y sus continuas enfermedades hacen increíble una suposición de tan gran trascendencia. El nuevo conde de Cangas don Enrique y la condesa su esposa deseaban separarse, y existía un motivo suficiente para pretenderlo en justicia; la casualidad trajo una ocasión propicia á los deseos de los mal avenidos consortes, y favorable también á las miras políticas de En-

rique III. Habiendo fallecido en 1404 el maestre de Calatrava, se acordó entre el rey, ó su protegido y doña María, que se solicitase de los caballeros de la orden aquella dignidad para don Enrique, negocio que convenia á los tres igualmente, si bien por diversas razones. A doña María porque así quedaba libre para disponer de su mano: á don Enrique porque obtenia un gran cargo y se lisonjaba de ser mas feliz en la vida religiosa que en el matrimonio: al rey en fin, porque siendo los maestrazgos de las órdenes militares unos colosos que hacían sombra á la real autoridad, importaba mucho tener por maestros á personas de carácter débil como don Enrique. Además, haciéndole nombrar maestre quería que renunciase á favor de la corona el condado de Cangas, que si no pasaria á la orden; y de este modo quedaba el rey con el marquesado de Villena de hecho y de derecho sin que nada le hubiese costado. Necesario se hacia para esto, en primer lugar, anular el matrimonio del pretendiente. Hay que observar que todos los historiadores, sin exceptuar uno, convienen en que don Enrique ni antes de este suceso ni después de él, cuando suponen algunos que se volvió á reunir con su esposa, tuvo jamás sucesion en ella; esto equivale á decir que el matrimonio era invalidable, á lo menos por parte de doña María. Don Enrique, cuya *divorciabilidad* aparece dudosa, quiso ó permitió por miramientos ó condescendencia con su mujer, que fuese ella quien acudiese á los tribunales pidiendo divorcio, alegando que él era impotente: mentira que (si lo fué) revelaría el carácter imprevisor y pundonoroso del marqués; pero que no por eso dejaria de ser una falsedad y de mucha monta. Nosotros nos inclinamos á creer que el marqués no mentía, pues aunque haya quien le atribuya dos hijas bastardas, y aunque es cierto que con posterioridad á esta época existieron una doña Leonor y una doña Beatriz de Villena, faltan razones para creerlas hijas de nuestro don Enrique. En cuanto á la pretension del maestrazgo, el rey tomó á su cuenta allanar las demas dificultades: escribió desde luego á los comendadores, caballeros y freiles de la orden para que suspendiesen la eleccion hasta que fuera él á presenciarla, y partió después á Toledo con don Enrique. Habló á los electores, los cuales al punto le manifestaron los tres óbices que notaban en el candidato para obtener la dignidad: ser casado, no ser profeso, y ni aun tener el hábito de la orden. Al primer reparo satisfizo el rey con la demanda de divorcio interpuesta por doña María, y á los otros dos diciendo que tenía un breve de S. S. en cuya virtud se podía dar á don Enrique el hábito y recibirle la profesion sin preceder noviciado. Muchos caballeros no gustaban del pretendiente, porque mas astutos ó menos dóciles que los demas, conocían que en vez de un jefe alentado y guerrero, iban á tener un ciego instrumento de las voluntades del rey. Sin embargo, la sentencia de divorcio se dió; el marqués hizo la renuncia del condado; doña María fué conducida por el confesor del rey á un convento de Guadalajara, no para ser religiosa en él sino para vivir allí algun tiempo recogida; y reunido el capítulo de la orden en Santa Fé de Toledo á presencia del rey, dieron á don Enrique á la vez el hábito, profesion y maestrazgo de Calatrava. Los electores descontentos se juntaron en Calatrava y eligieron á don Luis de Guzman por maestre, alegando que la eleccion de don Enrique no era válida, entre otras cosas por haberse celebrado fuera del convento de Calatrava. El rey acude á Calatrava y renueva la eleccion de don Enrique; don Luis de Guzman huye á Aragon; don Enrique permanece poco mas de dos años en pacífica posesion del maestrazgo; al cabo de ellos muere el rey, y los caballeros disidentes vuelven á celebrar capítulo en Calatrava mientras el marqués estaba en Madrid; le niegan la obediencia, se declaran excomulgados por haberle dado el hábito y elegido maestre, reeligen á don Luis y ponen en defensa el castillo del convento. Los demas caballeros permanecen fieles á don Enrique; dura el cisma de la orden seis años; va la causa al pontífice; remítela el pontífice á la orden del Cister; y el capítulo general de Borgoña congregado en 1414 pronuncia sentencia definitiva contra don Enrique, declarando nula su eleccion y legítima la de don Luis de Guzman, casi al mismo tiempo que el papa anulaba el divorcio. Con esto abandonado el mar-

qués de todos los caballeros de la orden, á excepcion de doce, quedó sin el maestrazgo, y privado también del condado de Cangas que renunció á favor de la corona y no le fué devuelto, restándole solo el recurso de volverse á su esposa, con quien no podia ser feliz ni ella con él.

A estos dos hechos, la eleccion y destitucion de maestre de Calatrava verificadas en don Enrique, se reduce toda su historia: en ellos comprendieron los cronistas su vida, sin casi dejar-nos anteriores ó posteriores noticias, de las que claramente se dedujera la explicacion de aquel lamentable suceso, y pudiera conocerse el carácter de don Enrique. Rebuscando empero acá y acullá los rasgos fugitivos, al descuido y como de mala gana trazados por las plumas que bosquejaron esta gran figura, parecemos que se puede restaurar su fisonomía completa: cuadro antiguo desgastado por el tiempo, y retocado veces diversas, necesita descostrarse de los feos parches que estamparon en él manos irreverentes.

Cúlpase generalmente á don Enrique de ambicioso; pero no se negará que si hubiese abrigado el marqués en su pecho una ambicion verdadera, ella le hubiera enseñado los medios de sostenerse en el puesto que habia alcanzado. Si se califica de ambicioso al marqués de Villena, que siendo de la familia real pretendió un maestrazgo, ¿qué diremos de su competidor? ¿habia nacido marqués? ¿era conde? ¿era primo de reyes? A Enrique de Aragon podían faltarle destreza y energia para regir una orden compuesta de religiosos soldados; pero la dignidad de maestre venia á su persona con mucho desahogo. Se replicará que deberia haberse satisfecho con el condado de Cangas: estaria eso bien si aquella mezquina indemnizacion hubiese sido equivalente del rico estado de Villena. La justificacion completa del marqués resalta de la futilidad de los cargos en que los comendadores de Calatrava sus contrarios fundaron la resistencia: reducíanse á los siguientes. Que don Enrique era casado, por lo cual no podia ser admitido en la orden.—Pero cuando fué admitido, ya estaba el marqués divorciado.—Que la sentencia de divorcio fué dada contra derecho, porque la tacha de don Enrique era supuesta.—Pero los hechos, que valen mas que todas las argucias empleadas en un litigio, están en favor del marqués: y esta es la ocasion de observar que los dos cronistas de la orden de Calatrava, Rades de Andrade y Caro de Torres, no dicen que en el pleito contra el marqués hiciesen mencion sus contrarios de las dos hijas bastardas que le atribuye alguno: prueba que unida al silencio de Alvar García, Juan de Mena y Perez de Guzman, obliga á creer que á lo menos por entonces tales hijas no habian nacido. Esta paternidad vergonzante, no tiene mas que el siguiente debilísimo apoyo. Refiriendo Alonso de Palencia en su crónica manuscrita de Enrique IV la muerte de don Pedro Giron, ocurrida el año 1466, dice que estuvo tratado de casar dicho don Pedro con una hija bastarda de don Enrique de Villena. Como no particulariza mas, y el apellido Villena, que realmente no era el del marqués, estaba bastante extendido en Castilla, no hay certeza ninguna del sugeto que quiso designar el historiador: á lo que se añade que ni Zurita, ni Garibay, ni Mariana, ni don Nicolás Antonio, ni Haro el nobiliarista, ni Gerónimo Gudiel que escribió una especie de Historia de los Girones, ni Ferreras, ni los Bibliotecarios del Escorial, ni otra porcion de autores que trataron de don Enrique, y tenían bien estudiada la crónica de Alonso de Palencia, repararon en tan importante noticia; de lo que se debe inferir que no la consideraron perteneciente al marqués ó no les pareció digna de crédito. El hallazgo de la otra hija es aun menos admisible. Murió el año 1490 en Valencia una sor Isabel, abadesa del convento de la Trinidad, y autora de una vida de Cristo en dialecto valenciano, á la cual un don Hipólito Samper que á fines del siglo XVII poseía aquel libro rarísimo, dió por hija ilegítima del marqués sin citar prueba ni indicio bastante; pero constando por la Biblioteca de don Nicolás Antonio que sor Isabel se habia llamado en el siglo doña Leonor Manuel de Villena, ocurre la sospecha veheméntísima de que su padre debió de ser algun caballero de los *Manueles de Villena* descendientes del infante don Manuel, cuya sangre y sobrenombre no correspondían á don Enri-

que, que por su padre era *Aragón* y por su madre *Castilla*. El tercer cargo contra el marqués iba dirigido á doña María, acusándola de no haber tomado hábito de monja ni haberse casado con otro después de divorciados ella y su marido: ¡como si por eso dejase de quedar disuelto el matrimonio!—4.º Que don Enrique después de ser maestro, había hecho vida maridable con su mujer: nada de eso indican los autores contemporáneos; por el contrario ellos y todos los que los han seguido convienen en que don Enrique y doña María vivieron siempre mal avenidos antes y después de este suceso: si á lo menos se hubieran tenido amor, la acusación podía llevar alguna apariencia de verosimilitud.—5.º y 6.º Que don Enrique no había cuidado de la orden y había estado en pugna constantemente con los individuos de ella. Estos dos cargos se contradicen: la indolencia no se aviene con el estado de hostilidad; pero además de que nada tendría de particular que el marqués hubiese tratado con algún rigor á los que le estaban haciendo la guerra, hay un testigo ocular, que es el cronista de Juan II, Alvar García, el cual refiriendo este suceso dice que fué quitado el maestrazgo á don Enrique «por muchos desaguisados é sinrazones que decían que hacía á los comendadores». Cuando postrado ya don Enrique y triunfantes sus adversarios, el cronista huyendo el cuerpo á la cuestión se refirió al testimonio de los enemigos del marqués, bien se muestra que tenía por calumnioso este cargo. Lo que hubo en tan prolijo y escandaloso debate fué que don Enrique, poco apto para manejar hombres indómitos y fieros, é incapaz de conducir una intriga de corte, se halló con un contrario mas hábil y fuerte, y hubo necesariamente de quedar vencido en la lucha. Así mas adelante queriendo ser casado el propio maestro don Luis de Guzman, sacó licencia del pontífice para que pudieran contraer matrimonio los caballeros de la orden; y aunque ellos lo desaprobaban y no hicieron uso de la dispensa, no se rebelaron por eso contra su jefe.

Concuerdan todos los autores en que después de la destitución del maestro vivió siempre desvalido y pobre, aunque sobrellevando con valor su desgracia y endulzándola con el deleite del estudio. Esto apoya la opinión de Salazar, de que el marqués y doña María no volvieron á reunirse; pues en efecto, mal pudiera considerarse pobre y necesitado el hombre que viviera como esposo de una de las señoras mas poderosas del reino. Hay además un testimonio que disipa cualquier duda, y es el acta en que con fecha de 15 de marzo de 1432 (dos años antes del fallecimiento del marqués) instituyó doña María por heredero de sus mayorazgos á don Alvaro de Luna su primo: en este documento no se habla del beneplácito ni consentimiento de don Enrique, ni aun se le nombra siquiera; de lo que se debe inferir que subsistía la separación entre mujer y marido. Tal vez don Enrique, estrechado por la vil necesidad, aceptó momentáneamente un asilo en casa de su mujer, para no verse precisado á pedir un bocado de pan de puerta en puerta; y por esto dió el cronista Alvar García á entender que vivieron algún tiempo juntos. Don Juan II ó sus tutores, considerando que don Enrique, habiendo muerto su abuelo en el año de 1412, nada tenía que esperar de sus parientes de Aragón, le concedieron el señorío de la villa de Iniesta: ¡con esto quisieron desquitarle de la pérdida del marquesado de Villena, del condado de Cangas y Tineo, y el maestrazgo de Calatrava! En los veinte años que mediaron desde la expulsión del marqués hasta su fallecimiento, la historia le olvida: el hombre público había muerto, y con los hombres puramente de saber, poco se ocupaban entonces los historiadores.

J. E. HARTZENBUSCH.

ESPATOLINO.

VI.

¿En dónde están los risueños y caprichosos paisajes que desplegaba hace poco á nuestras miradas, enriquecida con la pompa del estío, la fecunda tierra

de Nápoles? ¿Qué se han hecho las islas encantadas, que á la claridad de la luna parecían palacios flotantes de las divinidades habitadoras de sus cristalinos golfos?

Henos aquí ausentes del hechicero país que con tanto placer hemos habitado durante las primeras escenas de nuestro drama; obligados por el imprescindible deber de exactos historiadores á trasportar al complaciente lector á una tierra árida y triste, en la que ni la naturaleza ni la mano del hombre han alcanzado á producir un árbol, á cuya sombra pueda guarecerse el viajero de los rayos perpendiculares de un sol abrasador.

Esta campiña arenosa y desierta, es el trono en que tiene su asiento la antigua madre de los Césares: la ciudad eterna destinada por el cielo á llevar siempre en su frente la corona del mundo, dominándole primero con la fuerza y después con la religión: aquella que ha sustituido el invencible lábaro con la sagrada tiara, y que cuando perdió la espada que le abría las puertas del universo, recibió las llaves de san Pedro.

Mas ay! en la época funesta en que la necesidad nos conduce á sus inmediaciones, ha alcanzado á la suprema cátedra la suerte del Capitolio, y yace abatido el estandarte pontificio como las águilas imperiales.

Pío VII gime en el cautiverio lanzado lejos de la Santa Silla, y Roma vuelve á adornarse con prestados atavíos guerreros. ¿Será que sacudiendo el letargo de tantos siglos la fatigada patria de los Augustos, de los Titos y de los Constantinos, vuelva á arrojar de su seno, fecundo en prodigios, aquellos hombres cuyas colosales figuras no caben en las inmensas páginas de su historia?

No: el gigante del Sena levantando un nuevo trono con las ruinas del solio, de la tribuna, y de la cátedra, le ha grabado el sello de su naciente dinastía, y la dominadora del mundo no alcanza otro consuelo en su abatimiento, que el de ser esclava de un dueño tan grande como los que ella misma impuso en otro tiempo á la tierra.

—Oh Roma! ¿fué tal vez efecto de tu venganza la caída de aquellas águilas altaneras, que osaron levantar su vuelo en las regiones en que desplegaron las tuyas sus poderosas alas? ¿El indignado genio de tu gloria empañó el brillo de aquel astro fugaz, que aspiraba á eclipsar los inmortales resplandores de tu sol eterno?.....

Nuestra pluma se extravia al impulso de involuntarias reflexiones: acaso sintiéndonos pesarosos de detener al lector en el ingrato sitio á que le hemos conducido, intentemos llevar su pensamiento á cuadros menos áridos.

—¡Si al menos nos fuese permitido vagar un momento por las orillas del Anio, ó hacerle admirar las sulfurosas ondas de la Solfatara! ¡Si pudiésemos pasearle por las celebradas grutas de Neptuno y de las Sirenas, ó entretenerle con las cascadas de Tivoli y enseñarle la casa de aquel Mecenas que tanta falta hace á los poetas españoles! Pero el tiempo es precioso, y nuestra narración nos detiene forzosamente en aquella llanura estéril, á la que con tan poco placer nos hemos trasportado.

Un medio nos queda sin embargo de no lastimar los ojos de nuestros lectores con la vista de sus encendidas arenas: vuélvannos hacia aquel lado, donde entre breñas y matorrales se descubre un camino estrecho é ingrato, por el cual empero no marcharemos solos. Un hombre montado en un fogoso caballo sigue la misma senda, y á pesar del calor del mediodía, que aun que en el mes de octubre es bastante sensible en aquel país, camina tan de prisa cuanto se lo permite la escabrosidad del terreno. Raro es en verdad ver un individuo solo y en aquella montura, por una ruta tan peligrosa; pues ningún viajero la emprende sin auxilio de un guía experto, y fiando el peso de su cuerpo á la paciente condición de un asno.

El sugeto á quien vamos á seguir debe ser asaz práctico en aquel país: su brioso alazan, obediente á su voz como un perro, continua con paso vigoroso é igual por el áspero sendero, y el ginete que se sostiene con gallardía, va tan descuidado como si se pasease por la plaza de Navona. Su traje sin apartarse notablemente del que usan para montar los se-

ñores romanos, tiene un no sé qué de caprichoso y fantástico; y aunque se note diferencia en un rostro que se ha visto de noche y se examina después con la claridad del día, reconoceremos, si nos proponemos observarle, que es el mismo que hemos visto tres meses antes á las orillas del lago Averno. Mirad su tez algo tomada por el sol del mediodía; su pelo y su barba negra como el ébano; sus ojos rasgados y expresivos, que á veces lanzan miradas altivas y ardientes, á veces anuncian una tristeza desdñosa y amarga. Con la luz del sol podremos notar aquellas ligeras arrugas que surcan su frente magestuosa, aun que algo sombría, y ciertas leve contracción de sus labios, y unas cejas compactas y horizontales que con frecuencia se unen, formando un pliegue muy perceptible en el nacimiento de su nariz de águila. La luna suavizaba una fisonomía que ahora presenta un carácter de fiereza, que no carece sin embargo de cierto género de melancolía.

Si tan infatigables como él nos atrevemos á seguirle, le veremos atravesar la aldea de *Nettuno* sin pensar en proporcionarse en ella el mas breve reposo; y alejándose poco de la ribera del mar, que se tiende allí como una franja de ópalos, continuar su viaje que segun parece tendrá por término á *Porto d'Anzio*.

En aquella villa ha entrado en efecto; ¿pero qué busca en tan mezquina población, en la que el forastero no encuentra ni sociedad ni monumentos? Pronto lo sabremos si penetramos con él en aquella casa pintorescamente situada en una pequeña altura, á uno de los extremos del pueblo. La puerta se ha abierto desde el instante en que se detuvo su caballo, y un mancebo de buena traza se ha presentado inmediatamente á saludar al ginete, y á llevar la montura á la caballeriza.

—Pietro, ha ocurrido alguna novedad?

—Ninguna, capitán, sino que Roberto ha venido á noticiarnos que los viajeros consabidos deben dormir esta noche en.....

—Basta! entiendo: en qué lugar debo encontrar esta noche á Roberto? ¿te lo ha dicho?—En las selvas.

—¿A qué hora?

—A las doce.

—Bien!

Diciendo estas palabras penetró en la casa y se encaminó en derechura á un aposento alto, cuya puerta empujó suavemente.

Era aquella una habitación pequeña, pero bonita, con dos grandes ventanas exteriores, en una de las cuales estaba de pie apoyada lánguidamente en el respaldo de un sillón una mujer pálida y triste, en la que apenas podrian reconocer los lectores á la preciosa Anunziata. Su frescura juvenil estaba marchita; su talle mórbido y gracioso se doblaba como una caña azotada por el cierzo; y sus miradas pensativas se fijaban con poco interés en la magnífica perspectiva que ofrecían á lo lejos las románticas selvas, hácia las cuales llamamos la atención de nuestros lectores desde el primer capítulo de esta obra.

Un sol de otoño doraba la cima de aquel paisaje sombrío con los reflejos de sus últimos rayos, que en vano hubieran querido penetrar al traves de los centenarios árboles, que le oponían constantemente sus espesos y entrelazados ramajes. Ningun pájaro dirigía su vuelo hácia el bosque que parecia brindarle un delicioso asilo; pudiendo decirse que hasta las aves respetaban el silencio solemne de aquella naturaleza agreste y melancólica, adormecida al sordo murmullo de las olas del mar que se estrellaban en la distante playa.

El recién llegado se detuvo á espaldas de la distraída joven y la observó un instante con rostro descontento.—¡Siempre triste, Anunziata! fué su salutación.

Ella se volvió á mirarle con una sonrisa afectuosa, aunque triste.—Espatolino, respondió, cómo es que no te he visto llegar? que no te he sentido?

—Tus ojos y tu oído, repuso él con acento amargo, están como tu corazón cerrados para mí.

Ella se dejó caer en el sillón con aire de fatiga.—Otra vez! exclamó: siempre la misma queja!

—¡Siempre la misma causa! repuso Espatolino.

—Estoy enferma, en eso consiste.

—No es tu cuerpo el que está enfermo; es tu es-

piritu. El aire que respiras á mi lado es mortífero para tu corazón.

—Padezco, es verdad; ¿pero á quién perjudican mis secretos pesares?

—A quién! repitió el bandido, cerrando las manos con tan violenta crispatura que las uñas ensangrentaron sus palmas. ¡Anunziata! añadió con acento trémulo y sombrío: una gota mas en el vaso que está lleno basta para hacerle rebosar: ¡teme desborde del mismo modo tanta amargura como tiene encerrada mi corazón! teme ese derrame violento que pudiera alcanzarte á pesar mío, y que arrasaría en un instante todas aquellas flores de tu vida, que no han sido todavía marchitas por el infortunio.

—Ay de mí! respondió ella: no nacen flores en el sendero de sangre por donde me conduces, ni hay infortunio mayor que esta vida de vergüenza y zozobra.

La fisonomía de Espatolino pareció oscurecerse con una nube tempestuosa: había en su expresión alguna cosa mas terrible que la ira y mas lastimosa que el dolor. El gemido sordo y prolongado que salió de su seno, se asemejaba al bramido con que saluda el toro los huracanes de los trópicos, y sus brazos, que se cruzaron sobre el pecho, no bastaban á sofocar las violentas palpitaciones de su corazón, que le levantaban con rápido movimiento á manera de aquellas aguas que hierven al impulso de un fuego subterráneo.

Anunziata le miró sobresaltada.

—¿Me tienes miedo? le preguntó él con sardónica sonrisa.

—Te tengo lástima, respondió la joven tendiéndole una mano.

Aquella palabra pronunciada con la mas perfecta sencillez, fué cual el conjuro de la maga que evocaba tempestades. Un frenético furor se apoderó del bandido, que agarró á la frágil criatura como si quisiera pulverizarla. Ella no hizo un gesto; pero le miró con profundo y resignado dolor: aquella mirada tuvo un poder indecible.

Alejóse precipitadamente el bandido, y volviendo sus manos impías contra su propio seno, desgarró su vestido cual si fuese de papel.

—Mátame! le dice Anunziata con desfallecida voz: ¿por qué te arrepientes de tu primera intención? Mátame, y te bendeciré muriendo.

El entretanto se pasea agitado por toda la longitud del aposento, atusando maquinalmente sus profusos cabellos: de repente se para, y dejando ver un semblante en el que la mas sombría tristeza ha sucedido al mas encendido furor, dice:—Anunziata! de una sola falta tengo que acusarme con respecto á ti, y es la de haberte ocultado mi nombre: pero tú sabes que no llevé mi engaño hasta arrancarte un juramento, y que antes de unirme á mi destino te fué revelada mi condicion. ¿Por qué entonces no te volviste á la casa de Rócoli? yo te juré restituirte á tu tío si no te hallabas con valor para seguir la suerte del proscrito.

—También juraste que te entregarías á la justicia si yo te abandonaba, respondió ella.

—¿Y qué te importaba mi vida ó mi muerte?

—¿Qué me importaba! ¿pues qué! ¿no te amaba entonces como ahora? ¿no me eras ya cien veces mas querido que la felicidad y el honor?

—Me amabas! me amas! exclamó él, y su rostro se despejó gradualmente, como con la salida del sol van huyendo las sombras.

—Te adoro, Espatolino!

—Tus labios son dulces como los de un niño: repite que me amas, y te creeré, por mas que un espíritu infernal esté gritando sin cesar en mis oídos la palabra *mentira*!

—Ojalá no fuese invencible el sentimiento que ha hecho tan deplorable mi vida, repuso Anunziata. ¿Por qué padecería tanto si no te amase?

—Luego es por mí tu padecimiento!

—Pues por quién! respondió con amargura la joven. ¿Puedo ser insensible á tus extravíos? ¿no te veo continuar, sin ceder un momento á mis súplicas, por ese camino de crímenes á cuyo término se encuentra el patíbulo? Siempre, en todas partes llevo conmigo la horrible cohorte aneja á tu nombre: el deshonor al lado, delante el suplicio, detrás la sangre inocente, y en el fondo del corazón clavado el remordimiento. ¡Cuánto padezco! escucha: en la noche ca-

llada, mientras la esposa feliz duerme su casto sueño junto al protector querido de su vida, yo velo toda trémula en mi lecho solitario, y los vagos rumores de la noche hielan de miedo mi corazón. Entonces pienso sin cesar en tus funestas empresas; en los peligros que te rodean; en el castigo que te amenaza... y para colmo de dolor no puedo implorar al cielo para que te proteja: porque ¿cómo articular tan atroz blasfemia? Mi agonía excede á toda expresión, Espatolino! Si interrumpe mi abrasado insomnio el ruido de tus pisadas, en aquel momento en que quisiera volar á recibirte y descansar en tu seno de tantas agitaciones solitarias; en aquel momento que debiera ser tan dulce, veo figuras cadavéricas que se interponen entre los dos, y que señalándote con su trasparente mano, dicen con inarticuladas voces:—¡asesino! asesino! repiten mil ecos que se levantan de súbito en torno de mi lecho, y si entonces llegas á mis brazos me dá frío, porque creo sentir en tu cuerpo la humedad de la sangre de tus víctimas, y me pesa si descansa sobre mi corazón tu mano cansada de cometer crímenes. ¡Esta es mi vida! no luce un sol que no me parezca sangriento: no llega una noche cuyas tinieblas no estén pobladas de fantasmas vengadores. Rechazados por Dios y por los hombres llevamos la reprobación atada á nuestra sombra, y me parece alguna vez que fatigada la tierra de sostenernos, va á abrirse y á devorarnos.

La figura humana no tuvo jamás un carácter tan extraño como el que presentó entonces la del bandido. Su mirada y su sonrisa tenían un no sé qué, tan terrible y tan contagioso, que Anunziata comenzó á temblar.

La tierra, dijo él con pausado acento, recibe del mismo modo la planta del inocente que la del criminal, y una misma tumba les prepara. El cielo, tan impasible como ella, tiene sol y tempestades para todos los hombres, y sus rayos no buscan con preferencia la cabeza del asesino ni respetan la del justo. En cuanto á los hombres, yo les hago la guerra á todos ellos: á ellos constituidos en sociedad; á ellos erigidos en tribunales; á ellos en nación; á ellos como Dioses dispensadores de vida ó de muerte! Yo les hago la guerra como se la hacen entre sí, para destrozarse unos á otros: una sola es la diferencia esencial: ellos matan con las calumnias, con las perfidias, con las injusticias, y yo mato con el puñal, que hace menos larga la agonía. Ellos roban con disfraces y yo presento la cara del bandido. Esos hombres que me juzgan y me infaman, deifican á los grandes bandoleros, que son para el mundo lo que yo soy para una provincia: ellos levantan ejércitos para llevar la muerte á una porción de sus semejantes, y aplauden el robo cuando es bastante cuantioso para que pueda bautizarse con el nombre de conquista.

Hé aquí su justicia! ¡miserables hipócritas, que fingen castigar cuando se vengan! ¡miserables cobardes, que para robar y asesinar necesitan el escudo de monstruosas convenciones que les aseguren la impunidad!

¿Qué significan aquellas altisonantes palabras *justicia, verdad, virtud*? Los mismos que las han inventado no están acordes al definirlos. Todo es problema: la humanidad marcha á oscuras envuelta en el polvo de la perpetua lucha, derribando hoy lo que levantó ayer, al compás eterno del tiempo que corre sin cesar. Las leyes! ¿qué son las leyes? Una conozco: la de la necesidad: esta ley de la naturaleza es la única verdadera: las que dictan los hombres son como ellos frágiles é imperfectas, injustas y limitadas. Los fuertes las hacen y las huellan, y su yugo solo pesa sobre el cuello de los débiles. Veamos todas las grandes obras de los hombres! Busquemos una que merezca ser respetada!... en vano! Cultos, instituciones, sistemas, todos se gastan, y como viles hárapos de un siglo pasan al otro para servirle de bafa, hasta que ruedan por fin al abismo del olvido. ¡Oh si se abriese ese inmenso sepulcro de los delirios humanos! ¡Cuán asquerosos despojos hallaría cada generación de la generación que la había precedido!

Anunziata! ¿qué ves en el hombre? La corona del rey, la tiara del pontífice, la espada del conquistador, el puñal del bandido, todo es igual: no hay mas que instrumentos de diferentes formas, destinados al mismo fin: no hay mas que armas para la lucha perpetua en que se agita la humanidad.

¿Qué ves en el mundo? decoraciones mudables como las de un teatro: palacios, chozas, templos y cárceles, todo es carton, y lienzo y pintura. En el mundo cambian las palabras, pero no los hechos: se mudan los nombres, pero no las cosas. Como en los tiempos llamados bárbaros rige hoy la ley del mas fuerte, con la diferencia de que se ha desenvuelto mucho mas la astucia, que en las naciones enervadas es el equivalente de la fuerza.

Las sociedades humanas no son otra cosa que un conjunto de partículas heterogéneas que reciprocamente se combaten, y el triunfo constituye el derecho.

Nada obtiene el que pide: es preciso arrancar lo que se desea, por fuerza ó por astucia: y como la fuerza es mas rara que la astucia, porque esta cabe en los cobardes y en los flojos, y aquella necesita cierta grandeza de organización, resulta que existe mayor número de ladrones y asesinos con máscara que sin ella, y mas pigmeos sobre elevados coturnos que gigantes erguidos en su verdadera estatura.

El cielo! los hombres!... ¿qué quieres decir al articular con respetuoso miedo esos nombres que sueñan á mi oído como el zumbido que en la noche producen los mosquitos?

El cielo!... nada veo mas allá de esa gran cortina de vapores.

Los hombres! mira á esta Italia que clama pidiendo en nombre de la justicia la sangre de algunos de sus hijos, y besa las huellas de las legiones extranjeras que vienen á repartirse sus despojos.

¿Cuál es la diferencia real que existe entre Napoleón y Espatolino? Aquel gran bandido de la Europa que ha levantado su trono sobre montañas de cadáveres que hacinó el frenesí popular, y que se ha lanzado de él sobre las naciones aterradas como el buitre encima de su presa; ¿tiene algun derecho que me esté negado? Las huestes rapaces que se abalanzan á los tronos al movimiento de su diestra; ¿podrán infamar á los valientes que obedecen dóciles á una señal de la mia? ¿Habrá imparcialidad en la generación que escriba el nombre de Bonaparte en páginas de gloria, y que al consignar el mío en la lista de los asesinos, concluya diciendo:—*acabó su infame vida á manos de la justicia*.

La justicia! palabra risible! sarcasmo repugnante! La justicia es la fuerza: la fuerza es el derecho: no reconozco otro. Este derecho le asiste á Napoleón y se lo envidio. Mas afortunado que yo, no mas digno, quiere destruirme y puede hacerlo: pero que no me juzgue. Amenáceme con el poder, pero no con la justicia. Como él tengo también miras grandiosas aunque trabaje en una escala inferior: yo ataco los abusos en su origen y con sus mismas armas. Yo arranco el oro á los poderosos antiguos para crear nuevos ricos; de la misma manera que él despoja de la corona á las viejas dinastías para dar nacimiento á nuevas, y hunde una nobleza para sacar otra del polvo.

Acaso mis pensamientos son mas generosos que los suyos: acaso en su lugar yo hubiera aspirado á amasar con las ruinas, que solo le han servido de escalones para el solio, un edificio para la generación futura. ¿Pudo él hacerlo? ¿debió intentarlo? no lo sé: hay delirios hermosos, pero no dejan de ser productos de un cerebro calenturiento. Los mártires de la humanidad siempre me han parecido unos sublimes ignorantes ó unos sabios imbéciles.

Cesó de hablar Espatolino y Anunziata parecia escucharle todavía. Aquellas ideas extrañas, desordenadas, amargas é incisivas, expresadas con una mezcla de frialdad y exaltación, de dolor y de ironía, habían aturrido su entendimiento y lastimado su corazón. Afligida, indignada, llena de asombro y de terror, quiso hablar y sus labios se agitaron levemente, como si procurasen articular alguna palabra que sin embargo no acertaba á escoger entre las muchas que se le ocurrían. Había en efecto cierta contrariedad entre sus pensamientos y sus sensaciones, y las palabras extrañas que aun resonaban en sus oídos no la permitían entender las voces de su propia conciencia.

Parecióla que se hallaba bajo la influencia de un pernicioso magnetismo, y arrancándose con esfuerzo de aquella especie de fascinación levantó los ojos al cielo con aspecto de súplica, cual si demandase auxilio contra la impresión que la dominaba. Pero el cielo estaba lúgubre y amenazante como su destino: las ligeras nubes que una hora antes vagaban por la esfera,

se habían ido agrupando hacia el ocaso, cubriendo completamente las últimas huellas del sol; y el mar, tranquilo hasta entonces, comenzaba á levantar su voz solemne respondiendo con tonos graves á los silbidos agudos del viento.

Absorta Anunziata en escuchar á su amante no había notado la progresiva mutación del tiempo, y al encontrarla de súbito un terror pánico se apoderó de su espíritu. Desvió del cielo los ojos y volviolos maquinalmente hacia Espatolino. Un relámpago iluminó en aquel momento la reducida estancia y rodeó con una aureola fugaz la austera figura del bandido. La joven arrojó un grito, sofocado por el estampido del trueno que devolvieron dilatadamente los ecos de la selva, y se cubrió el rostro con las manos.

—Anunziata! dijo entonces Espatolino con una voz que se hizo oír por entre el ruido del trueno, del viento y del mar: Anunziata! vas á saber una historia muy triste aunque nada tiene de extraordinaria: una historia que te tengo anunciada hace tres meses y que no he tenido fuerzas para contarte hasta ahora.

Sentóse junto á ella, pasó la mano por su frente como para despejar sus ideas, y habló así.

(Se continuará.)

G. G. DE AVELLANEDA.

EL ARGUMENTO DE UN DRAMA.



Cosas hay que no son lo que parecen, y otras que no parecen lo que son; á este artículo les suceden las dos á un tiempo. Acaso no faltará alguno, si le hay, que se ocupe de medir mis intenciones por el título que llevan estas líneas; que me crea armado de los correspondientes instrumentos anatómico-literarios, para destrozr sin piedad producciones dramáticas de todos tiempos y edades, tratando con sus esqueletos de excitar la compasión de nuestros poetas contemporáneos y mendigarles algunas carnes, en *variedad de metros*, para cubrir las descarnadas articulaciones de mis difuntos. Pues señor, tengo el alto honor de decir á los que así piensen que se equivocan. No son tan elevadas mis pretensiones ni tan sublime la misión que voy á desempeñar, y así declaró vacante la plaza de cirujano operador de ese cementerio. Trato

únicamente de compartir con el prójimo lector tres horas de tormento cómico que me hicieron pasar el otro día mis amables tertulianas. Yo bien conozco, y Vds. lo conocerán mejor que yo, que no hay razón para que les dé parte en mis disgustos: Vds. tendrán también los suyos y callan; acaso este artículo será uno de los que mas les incomoden, y se contentarán con no acabarle de leer ó le harán pedazos, si á tanto llega mi desgracia con Vds., pero yo me he propuesto hacer mi gusto por esta vez y no habrá mas remedio que abrir los ojos y tragar: aquel que lea mas aprisa pasará mas pronto el mal rato.

Temo ser algo pesado en mis preliminares, pero no hay remedio; Vds. no sabrán en qué paso yo las veinte y cuatro horas del día, y será preciso que se lo diga; aunque conociendo que Vds. llevarán muy á mal esta biográfica relación, y que yo no la desempeñaré muy bien, lo haré únicamente de las tres horas de que les voy á hablar. Yo paso las tres primeras horas de la noche en compañía de una mamá,



con una niña joven y dos pequeñuelas, constituyendo esto lo que yo llamo mi tertulia, y mi ocupación en ese tiempo, por que no ignoren Vds. nada, es la de dormir la mayor parte al dulce arrullo de la amabilísima conversación de mis compañeras. Fácil es conocer que ocupando de este modo las primeras horas de la noche, me es imposible asistir al teatro y demas diversiones que forman la vanguardia de las sociedades nocturnas de este siglo.

Ahora bien, enterados como estarán Vds., si han puesto cuidado en lo que llevo dicho, de mis ocupaciones nocturnas, les daré noticia de una función extraordinaria, sin beneficio de ninguna clase, que me dieron hace pocos días mis tertulianas.

Las ocho y media serian una noche y estaba yo esperando, que merced á cuatro recados que habia dirigido á mis amigas por conducto de doce fuertes aldabonazos que con dos libras de hierro habia descargado á la puerta de mi casino, desde la calle, y lloviendo, poderme ir á colocar, como de costumbre, en mi abonada cuna, cuando me dice la criada:—No están las señoras.... si V. gusta pasar.... no sé si tardarán.... creyeron que V. no venia y se han ido al teatro.—Pues no es muy tarde.—Ya! pero!....—Vaya, abur, hasta mañana. Volví á colocarme á cubierto del ataque brusco que me dirigia la humedad de la atmósfera, y una vez puesta entre esta y mi sombrero, mi rodela de tafetan, me dirigí al café, como único recurso de los que pierden su equilibrio diario, ó de los que no le toman.

Volví al día siguiente, y á la hora acostumbrada, á tomar posesión de mi poltrona, pensando cobrar con un sueño largo y tranquilo la noche atrasada y la corriente, sin hacer cuenta con mis amigas que se habían propuesto lo contrario.

Todo el día habían estado madre é hija recordando de Pe á Pa el drama de la noche anterior, para pagarme (según ellas) con su relato, la in-

consecuencia (según ellas también) de haber salido de su casa sin mi permiso.

Aun no me habia posesionado de mi luneta, que desde aquella noche perdió para mi sus propiedades narcóticas, cuando sin dar el tiempo necesario para la sinfonía rompen á duo mis compañeras diciendo:—Amigo, V. dispense, fué un compromiso.—Señora! Nada!—si conocemos que no estuvo bien hecho! pero.... vino una amiga.... y.... ya le dijimos á la muchacha el número del palco: se le olvidó.... son muy.... No pude entender lo demas que dijo, porque á ese tiempo entró la criada en la sala y el ama bajó bastante la voz. Así que la criada hubo salido volví á decir que la culpa no habia estado de su parte, yo la di las gracias y ella continuó.—Lo que yo siento es que no haya V. visto la función.—Ola?—Es cosa muy buena. Voy á ver si puedo referir á V. lo mas esencial del argumento; hay mucho enredo, pero no importa, el único defecto

que tiene, es que le falta un acto.—Pues eso es fácil, dije yo.—Y tan fácil! como yo conociese al autor se lo habia de decir... es una lástima que por un acto mas ó menos. Pues señor, allá voy con mi comedia, añadió bastante satisfecha de su memoria, y yo me acomodé lo mejor que pude en mi silla, para proporcionarme algun descanso, porque los ademanes violentos de mis actrices no me anunciaban mucho sosiego.

—Ha de saber Vd. lo primero, que la escena pasa en.... te acuerdas tú? dijo la madre á la hija.—Sí señora.... no me he de acordar? en el Príncipe, pues si en la Cruz no hubo función.—Calla, torpe, si digo el lugar ideal, esto es la situación del

drama?

—Ah! ya me acuerdo!.... en Berlin.—Sí, si la capital de Londres, esto es. Pues señor, primeramente sale don Juan; y dice allí unos versos muy



buenos, y se encuentra con el amo de la casa que al verle entrar por el balcon da voces y don Juan le tapa la boca.—Pero mamá, si antes de eso muere don Juan á manos del coronel amante de Eugenia.—Qué disparate, muchacha, si eso es despues.—No señora que muere antes de entrar por el balcon.—Vaya, cállate, y déjame seguir que eres muy atropellada.... Estábamos!.... ya no me acuerdo!.... Ah! si cuando entra don Juan.... pero antes.... si, antes hay una escena del padre de la chica con el ama de gobierno, sobre el gasto del mes, en que la dice una relación muy interesante en verso heroico.... Caramba! lo tengo á la punta de la lengua.... El caso es que todo el día lo he estado repitiendo!.... Ah!.... ya me acuerdo! Sí, sí, así; una cosa así es:

Esas cuentas tan espantosas, me pone Vd. de carbon? Pues no son poco extremadas las arrobadas de aceite gastadas en el quinqué y en el belon!

—Qué tal, qué le parece á Vd.? es de las mejores escenas del drama; yo tengo buena memoria pues verá Vd.

otra muy buena (1); por un estilo mas fuerte, pero mejor será tomar otra vez el hilo del argumento, para que le haga á Vd. mas efecto, y no se nos olvide nada.—Efecto! dije yo para mi, efecto! pues las causas son flojas para no producirle! Dios quiera que el drama no sea lo que va pareciendo! Entrar los muertos á la escena por los balcones es algo mas malo que envenenar á los apuntadores, y gracias á las escenas heroicas del carbon.....—Pues señor... decia..... son tantas las ideas que se me ocurren, que no sé cómo seguir.—No se moleste Vd. mas, dije yo interrumpiéndola; si ya he conocido lo que es poco mas ó menos el argumento.

—No puede ser!..... cabalmente lo que le he dicho á Vd. hasta ahora no tiene nada que ver con el enredo principal. Vamos, Vd. en qué se figura que viene á parar el drama? es decir, cuál es el asunto el protagonista de la fábula?

—Será, dije yo convencido de lo difícil de mi respuesta; será tal vez un carbonero, que en compañía de un don Juan el especiero (difunto) viene á manifestar al amo de la casa que le han engañado en las cuentas del carbon y comestibles; dándole parte don Juan, en persona, de que no existe, porque el otro día lo mató el coronel amante de su hija. Se despedirá diciendo que el haber entrado por el balcon ha sido por no esperar á que le abriesen, pues traía licencia por poco tiempo, y no quería comprometer al sepulturero en su destino. A ese tiempo saldrá el ama de gobierno y.....—Basta, dijo despues de una gran carcajada la mayor de mis actrices, adonde va Vd. á parar, hombre?... nada de lo que Vd. ha dicho tiene que ver con el enredo principal del drama! esas escenas son entretenidas para el artificio del argumento.—Ah! ya, comparas!—No señor, no, tampoco, don Juan es el autor de todas las intrigas.—Pues! ya entiendo!..... algun emigrado del limbo que no pudiendo sufrir mas tiempo aquel estado de inaccion en que se hallaba, vuelve á este mundo, con licencia temporal, á contraer méritos para que lo destinen á otro servicio mas activo.—Ves, dijo la madre bastante incomodada, lo ves, ya no le hará ilusion ninguna el argumento; como sabe que don Juan se muere!—Es claro, dije yo bastante satisfecho, en sabiendo uno que ha de quedar vivo al caer el telon no teme ya que la mantanza sea general.—No importa, interrumpió la hija, yo le referiré á Vd. del mejor modo posible el argumento y verá Vd. como le hace ilusion.—Sin que Vd. se esfuerce en probarlo, señorita; ni tiene Vd. necesidad de emplear argumentos, para.....—Dejémonos de lisonjas, dijo la madre, empieza que es ya muy chocante no poder entre dos contar un argumento tan sencillo.

—Primeramente, interrumpió mi segunda actriz, salen Julian y la Matilde haciendo de Conde y de Eugenia; despues Guzman y Luna, que se habian ocultado al verlos venir salen precipitadamente. El padre coge á su hija del brazo, el conde se opone, Luna desafía á Romea, acude á los gritos el aya de Eugenia, alza el marqués el baston para sacudirla, don Ramiro la defiende, el baron se une á don Diego, doña Juana se irrita, la pobre muchacha se asusta y le dá un ataque de nervios, entonces..... vamos, no sé lo que hubiera hecho!..... pues no se pone á reir Guzman viendo á su hija con el accidente?—Ya ve Vd., dije yo, sería por aplaudir la oportunidad del desmayo.

—Pues, como Vds. todos creen que nosotras manejamos el sistema nervioso á nuestro antojo.

—Muy al contrario....yo creo que Vds. no tienen sistemas! Las hermosuras están organizadas de una manera mas elegante y menos prosaica que la nuestra.

—Vaya, bien, búrlese Vd., mas el caso es que el primer acto deja una impresion muy desagradable.—Bastante; y sobre todo bien confusa. Yo no sé como ha podido Vd. manejar tanto personaje á la vez.—Si no son mas que cinco!—Por cinco, dije yo para mi, con qué facilidad los iba la niña elevando al cuadrado.—Vamos al segundo, pero no olvide Vd. nada

de lo que le he referido, sobre todo los gritos de la vieja que es el objeto principal del drama. La primera escena, al levantarse el telon, la forma don Juan entrando por el balcon, la pieza está á oscuras, él viene embozado, y tropieza con el tocador de la muchacha; esto da origen á una situacion muy dramática.—Y por lo menos estrepitosa, dije yo.—Si señor, tuvo mucho aplauso, desde entonces se notó en el público impaciencia por saber el nombre del autor. Pues señor, como iba diciendo! Ah! con el ruido que se arma á la caída del espejo y de los frascos sale Guzman con una luz, y empieza á chillar; Sobrado le tapa la boca, acude desahogado Luna, se ponen en guardia los dos y el baron le pega una estocada al duque; sale la Matilde, se asusta al ver en su casa un muerto, el asesino se huye por el balcon, Guzman se tira detras para impedirlo, y luego dice..... Ah! luego Eugenia conoce que don Juan es hermano suyo por un grano que tiene en la oreja izquierda; huyen todos despavoridos y ella dice al caer el telon, verá Vd. como dice poco mas ó menos, porque yo lo hago únicamente para que Vd. sepa de qué clase eran los recursos dramáticos.

¿Será posible que pierda á mi cariñoso hermano, despues de haber visto el grano que tiene en la oreja izquierda?

El público no pudo resistir la impresion tan agradable que le dejaban estos versos, y pidió con mucho entusiasmo la salida del autor, el que despues de las correspondientes negativas por conducto de los acto-



res y cuando ya iban renunciando los espectadores á su pretension, salió á darles gracias por su constancia, y á pedirles perdon de sus primeros desaires.

—Vaya, muy bien, interrumpió la madre, tienes una memoria muy feliz; yo estoy como si lo hubiese visto segunda vez; y á Vd. qué le parece, conoce Vd. la necesidad que tiene de otro acto?—Me parece muy bien y no creo necesario añadirle; es bastante largo!—Si no consiste en eso! largo demasiado, á las 12 y media salimos y no hubo baile siquiera; pero no está concluido el enredo, queda uno sin saber el paradero de toda á quella gente.—Por eso habia yo de hacer buen autor dramático, la repliqué; todos los personajes habian de nacer en la escena y morir en la misma.—Hombre tanto como eso no, es Vd. demasiado material, entonces no habria interés ninguno.—Pero tendria laventaja de dividirse en cuadros, bastante nuevos, cuyos títulos serian muy variados, por ejemplo: los comadrones; el bautizo; las nodrizas y la escuela de párvulos, podrian formar el primer acto, en él habria pedradas, dulces, llores, en fin escenas muy interesantes.—Eso es, haga Vd. burla, pero yo tuve un mal rato cuando supe que el drama habia acabado, sin descifrarnos los amores de aquella muchacha, y sin que pudiésemos saber quién la habia dicho que su hermano tenia un grano en la oreja izquierda.

Al llegar aqui mi actriz dieron las once, y yo como de costumbre, solemnizar en nada, por mi

parte, aquella extraordinaria funcion, cogí el sombrero, y las hice un saludo igual al que ahora hago á Vds. con la diferencia, que entonces era yo el incomodado, y ahora lo será el lector que haya llegado hasta aqui por los trámites regulares.

ANTONIO FLORES.

VIAJE

DE S. M. LA REINA CRISTINA.

Ajenos nosotros á la política militante, no tratamos de presentar á nuestros lectores un artículo, en el cual pudieran traslucirse tendencias, á la defensa de estos ó los otros principios: periódico el nuestro consagrado á las bellas artes, á la literatura, interesado en anticipar á su numerosa clientela cuanto ocurra de nuevo en el mundo artístico y literario; cuanto excite la pública curiosidad, así en el interior como en el exterior, se considera en el caso de destinar unas cuantas páginas al fausto suceso que por tantos motivos llama la atencion de un gran pueblo.

Si algunos, siendo meros historiadores, viere parcialidad en nuestras palabras; si creyere que no nos mantenemos firmes en nuestro propósito de no consentir que se mezcle en el *Laberinto* la política, reflexione y mida bien lo que leyere: considere que vamos á hablar de una persona por tantos títulos ilustre; de la madre de nuestra reina! de la excelsa Cristina! de la princesa magnánima, restauradora de las leyes fundamentales de la Monarquía! de la ilustrada señora que abrió las universidades! de la generosa, de la tierna y solícita madre de los españoles que en dias poco bonancibles llamó al seno de la Patria á tanto esclarecido hijo, que en tierra extraña apuraban el cáliz de amargura! Quién la dijera entonces, que ella tambien, en el brillo de su juventud, sería arrojada de su España querida, á las orillas del Sena! sepa en fin, si esto no bastare, que hablamos de una dama, y que al rendir culto nuestra pluma, á las galas de la hermosura, se lo rinde tambien á la desgracia.

Corria el año de 1840, cuando en todos los ángulos de la Monarquía se dejó sentir el eco terrible de la revolucion: las exigencias que entonces se hicieron á la corona podrian ser justas; á nosotros nos toca averiguarlo, es lo cierto, que eran terribles: la Constitucion servia como de parapeto á los unos y á los otros, y cuando acababa de ponerse término á una lucha sangrienta y fratricida; dolor causa el decirlo! parecia que el destino queria complacerse en abrir ancho y nuevo cauce á la discordia. La reina madre, en cuyas manos estaba depositada entonces la autoridad real, creyó que el ceder á tan grandes exigencias era menoscabar su decoro; dar nuevos dias de luto á la patria el sostener su opinion, y con un valor que rayaba en heroismo, se decidió á marcar el camino que en tan duro trance la prudencia aconseja que se siga. Hizo renuncia de su encargo: encomendó á los españoles, y no en vano, la guarda de sus queridas hijas: rogó al Todopoderoso que mirara por el bien de este infortunado País, y regando con su hermoso llanto las para ella, tristes playas de Valencia, lanzóse al mar la intrépida Cristina y fué ¡oh mengua! á implorar hospitalidad en tierra extraña: ¡con cuánta oportunidad estampó entonces un periódico aquellos versos famosos.

La trajo el iris, y la lanza el trueno
cual hoja seca, de aquilon llevada.

Pasemos por alto los sucesos que luego han sobrenvenido, solo diremos que tan grandes son, que apenas la mente alcanza á concebirlos. Una nueva revolucion, sino santa en sus principios, santa en su fin, se hizo indispensable. Doña Isabel II obtuvo de las Cortes convocadas al efecto, dispensa de edad, para gobernar el Reino: á poco depusieron los descontentos las armas que habian empuñado tan sin consejo, por la junta central; y desde luego se vió en el ejercicio de la autoridad real, siendo reconocida

(1) Esto de la memoria no es verdad, y nos complacemos en manifestarlo así para mayor honra y gloria del autor del drama en cuestion; y aqui para inter-nos no co-zco á ninguno de los dos.

y unánimemente aclamada del uno al otro confin de la Monarquía. ¡Día de júbilo fué aquel para la España! ¡Día de consuelo, reparo á tanto agravio, debió ser para la augusta Cristina! ¡desde aquel instante, es bien seguro que el amor maternal, el mas tierno afecto de la naturaleza la haria verter mil y mil lágrimas de gozo! al ver afianzada en las sienes de su querida hija, la corona de los reyes de Castilla, se despertarian con doble fuerza en el fondo de su alma, aquellos altos sentimientos, que inspira el amor intenso, el inefable cariño de una madre, amor que solo cesa con la existencia, y que siendo cada vez mas grande, mayor es el culto que le guarda el corazón.

Está pues fuera de duda el irresistible deseo que tendria, doña Maria Cristina, por restituirse al lado de sus angelicales hijas, mucho mas cuando el terrible peso de una corona, descansa sobre las tiernas sienes de nuestra adorada Isabel. Pero esta cuestion que debia ser de vida para una madre, todos los partidos no pueden menos de reconocer, que para los españoles era cuestion nacional, cuestion de honra, cuestion de decoro. ¡Qué diria el mundo al ver proscrita la madre de una reina! ¡Las páginas de la historia se avergonzarian de contener semejante escándalo! Esto no era posible, y atestiguan nuestro aserto el sinnúmero de sentidas esposiciones que de todas las autoridades civiles, eclesiásticas, militares; de todas las corporaciones altas y bajas, grandes y pequeñas, se han puesto en sus reales manos, haciendo votos al cielo por verla unida al lado de sus hijas, prósperos y largos dias.

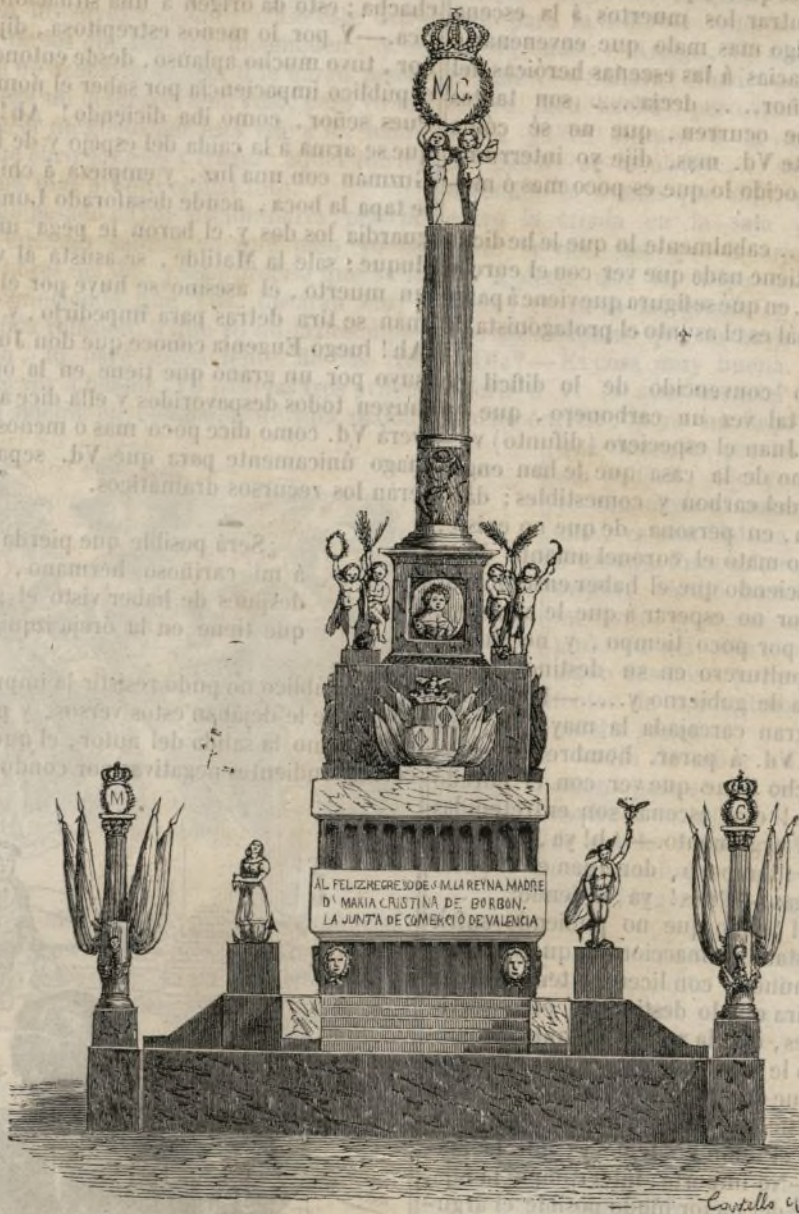
Accediendo como no podia menos á tan nobles deseos, que eran los suyos tambien, los despachos telegráficos de la corte de Francia anunciaron la salida de S. M. á las dos de la tarde del día 13 con direccion á Lion, acompañada de las señoras Infantas hijas del Sermo. Sr. Infante don Francisco. El día 22 tan luego como llegó á Avignon, navegando por el Ródano; la comision nombrada por los diputados de la mayoría del Congreso, residentes en Madrid, tuvo el alto honor de poner en sus reales manos, una reverente esposicion, en la que se espresaban los sentimientos de los legítimos representantes de la Nacion Española. S. M. les manifestó su gratitud, dispensándoles al propio tiempo la gracia de besar su real mano. Añadiendo que si su viaje no se verificaba con la prontitud que deseaba, era por el estado delicado de salud de una de las señoras Infantas. Habiéndole manifestado los señores diputados, que habian salido de Madrid con direccion á Paris, dudando si las primeras noticias de la insurreccion de Alicante y Cartagena, podrian haber detenido su viaje; S. M. les contestó: «que sabian los españoles, que personalmente no le arredraban los peligros, y que por el contrario, cuantos mayores fueran, mas anhelo hubiera tenido por hallarse al lado de sus augustas hijas y de sacrificarse por ellas y por la felicidad del pais.» ¡Contestacion propia de la insigne señora que cuando se hallaban las huestes de don Carlos á tiro de fusil, junto á las tapias del Retiro, se paseaba en carretela abierta por las alturas de esta posesion! ¡contestacion digna de la persona que arrostrando los peligros de la peste, cuando en su periodo mas temible, dejaba huérfanas á miles las familias; se presentó con magestuoso y sereno continente á abrir las Cortes del Reino!

Los señores dipntados acompañaron á S. M. en su viaje hasta que tuvo con el Sr. Baron de Meer, capitan general de Cataluña, una larga conferencia en Narbona y de sus resultas y de las manifestaciones que la hizo, respecto á la ansiedad de los pueblos por verla en el territorio español, y del gran número de comisionados que acudian de todos los puntos del Principado á suplicar á S. M. se dignase honrarles con su presencia, decidió S. M. hacer su entrada por tierra.

El día 28 pisó S. M. el suelo español: el ronco estruendo del cañon anunció en esta corte tan fausta nueva: imposible es describir, las aclamaciones, el público regocijo que desde su entrada se ha manifestado en Figueras, en Gerona, en Mataró y en todos los pueblos del tránsito hasta verificar su entrada en la capital de Cataluña, donde todos á porfia se han esmerado en adornar lujosamente las fachadas de sus casas, y millares de vivas han aclamado

dentro de los muros de la infortunada Barcelona á la madre querida de los españoles. Los continuos repiques de campanas, las salvas de los fuertes, y los demás saludos debidos á las personas de tan alto rango, han

difundido el contento y alborozo por la populosa ciudad, y el entusiasmo ha arrastrado poderosamente: cuantos han tenido el gusto de ver por tercera vez tan escelsa señora.



Tambien en Valencia se preparan festejos para su arribo. Entre lo dispuesto por la Junta de comercio se encuentra el obelisco que de su orden ha construido el académico de mérito de la real de san Carlos don José Vicente Perez, y del cual es copia el que aqui presentamos á nuestros lectores: su latitud, en sus cuatro frentes, es de sesenta y seis palmos y tiene de elevacion ciento catorce: previa la autorizacion del Exemo. ayuntamiento, se ha colocado este monumento en el nuevo paseo de la Glorieta. Compónese de cuatro cuerpos exornados por estatuas, grupos de genios con emblemas de comercio, agricultura y artes, escudos de armas, el retrato de S. M. y alegorias de los actos públicos mas célebres que son el timbre de la augusta Reina doña Maria Cristina de Borbon, con las inscripciones que mas abajo se dirán; terminando el todo de la obra una elevada columna, en cuya cúspide se ven dos géneos sosteniendo la corona real sobre dos ramos de olivo y laurel con las iniciales M. C. en su centro.

En la inscripcion del frente que mira á la calle del Mar, y bajo el retrato de S. M., se lee:

AL FELIZ REGRESO DE S. M. LA REINA MADRE DOÑA MARIA CRISTINA DE BORBON, LA JUNTA DEL COMERCIO DE VALENCIA.

En la de la parte del colegio reunido:

Cristina abre las universidades. San Ildefonso 7 de octubre de 1832.

En la de la puerta del Mar:

Cristina abre las puertas de la patria á los emigrados políticos. San Ildefonso 15 de octubre de 1832.

Y en la de la puerta del Real:

Cristina restablece las leyes fundamentales de la Monarquía. Madrid 24 de julio de 1834.

Toda la obra imita á mármoles y bronce, siendo iluminada en las noches por reverberos. En las mismas una armoniosa banda militar, situada en el casino del paseo, ejecutará piezas de los mejores autores.

En el día y hora que S. M. tenga á bien designar, se disparará un castillo de fuegos artificiales, que aunque corto por la premura del tiempo, cree la Junta será de buen gusto, porque así lo tiene contratado con el profesor de pirotécnica, don Joaquín Minguet, ventajosamente conocido del público.

Las corporaciones del comercio con arreglo á la costumbre y antecedentes de lo practicado en iguales ocasiones, se constituirán al pie de la escalera de palacio, y una comision de su seno saldrá al término de la jurisdiccion municipal en carruages, con igual objeto, formando el cortejo de S. M. á su entrada en esta capital.

La academia trata de regalar un album á S. M. en el cual figura una composicion notable de tinta china del artista don Vicente Castelló, y es una especie de obelisco, situado á la embocadura del puente del Real. Valencia apoyada por un lado sobre el estandarte del rey don Jaime, y por el opuesto sobre la Esperanza de que algun dia regresaria la Reina Cristina, levanta los ojos al cielo. El iris de paz, aparece en primer término, conduciendo el retrato de S. M. por el Turia: este lo recibe con guirnalda de flores regadas por sus aguas: la fama hace resonar su clarín hácia la Corte, y entretanto el Leon español espera con sosiego al pie del obelisco. Contiene ademas diferentes alegorias é inscripciones alusivas al objeto.

En otros dibujos se vé á Cristina conducida por el amor filial al trono de su hija: las artes implorando la proteccion de la reina; y canastillos de flores y de frutas.

Las tapas de este album son de plata con los cantos de oro.

De todos estos objetos dignos de llamar la atención, así como de los principales monumentos artísticos que se presenten en el tránsito de S. M. tendremos el mayor gusto en poder presentar una copia á nuestros lectores, como la que hoy ofrecemos.

También el pueblo de Madrid se prepara á fin de dar una corta muestra de su reconocimiento á la Madre de nuestra reina: también va á cumplir con el sagrado deber que le impone el recuerdo de los beneficios que un día recibiera. De todo ello pen-

samos dar una muestra en el Laberinto, en cuanto nos sea posible.

Entretanto, nosotros en medio de nuestra oscuridad, abrigamos la grata esperanza, de que con la presencia de tan augusta persona, empiece una era de ventura, una era de reconciliación y felicidad, una era en fin, en que el trono para su esplendor y estabilidad, y el pueblo para su gloria, se mantengan á la vez en el justo equilibrio que hace feliz á las naciones.

JUAN PEREZ CALVO.

MODAS.

El rostro enjuto de la cuaresma, y la proximidad de la semana santa, nos harían suprimir por hoy la interesante sección de modas, si ya los encantos de la primavera y el hermoso cielo azul que gozamos hace algunos días, no nos obligasen á suplicar á nuestras hermosas suscriptoras (y al que le venga que se le ponga) pasen la vista por el figurín adjunto.



Si ese gracioso prendido, con fleco de oro, no despierta la afición de nuestras hermosas, y nada les dicen esas flores que simbolizando la primavera, le adornan, qué hemos de añadir nosotros?... Nada.

LANCES DE MADRID.

LA CASA DE JUEGO.

Sobre un plano mistilíneo de forma cuadrangular y por una colcha vieja cubierto hasta la mitad; dos amortiguadas luces que apenas pueden quemar el núcleo que las sostiene su forma piramidal; reparten allí el sobrante de su torpe claridad. Con abundancia despiden

el heterogéneo gas, de las sustancias grasientas que tratan de evaporar.

Y se oye de vez en cuando con monótono compás, el quejido del carnero que dió su sebo á quemar.

Varios hombres agrupados allí en derredor están y el silencio que disfrutaban vino esta voz á turbar:

—Las ocho en punto, señores, basta de burlote ya, que llegaron los banqueros y la talla va á empezar.—

Esto les dijo una vieja, y les presentó además la jubilada figura de un temiente capitán. Era éste persona grave de sesenta, poco más, medio bigote amarillo y el otro á medio dorar. Dos charreteras, que fueron, agitaban con afán los alambres que quedaron pendientes de ellas casual, y llevaba en la solapa un pingo de tafetán, enganchado con descuido en el rasgón de un ojal. A la derecha unas cruces y á la izquierda muchas más, ocultaban los bujeros de su desollado fra. Prendidos los alfileres del calvario pectoral, dijo á todos:—Buenas noches, si hay puntos voy á tallar.— Miró en derredor, y alegre echando el tricordio atrás, sacó del bolsillo izquierdo un puñado de metal, entre polvo de tabaco y unas migajas de pan. Vertiólo ufano en la mesa y con resuelto ademán, aquellas chapas cobrizas se puso á clasificar: medallas de San Elena, alguna que otra de Adán, y alcanzaban las modernas al segundo Rey don Juan; la menor era un ochavo y la mayor era un real. Después de clasificadas por orden de antigüedad, varias columnas en masa que formó sin pedestal, dejó en medio de la mesa y se puso á barajar.

Enfrente de esta figura de aspecto descomunal se alzaba una calavera de grande deformidad, cuyo raquítico dueño encrispado en un sitio por mucho que se estiraba no llegaba á dominar la mesa con su mirada verdinegra y desigual. Tres palmos, ó poco menos, tiene el gigante Goliath que ha de manejar los fondos del teniente capitán. Es un prodigio el enano cuando se pone á tallar; con todas las descargadas manifiesta afinidad; pero con tanta finura maneja el dedo pulgar, que pasa tres cartas juntas y no las siente pasar.

En un rincón de la sala, sobre un mugriento sofá, se descubre un bulto blanco que se agita sin cesar. Parece un hombre que sueña y es sonámbulo quizás, porque los hielos que sufre le obligan á delirar; y tal vez en su delirio su historia contando está. Convulsion nerviosa y fiera hace su ropa vibrar; y su mugrienta camisa tan agujereada está, que parece que sus huesos se quisieron escapar, y las piernas se dejaron los pantalones detrás. Nadie fija en esta facha, todos le dejan pasar, y él delira y se incorpora, se revuelve, viene y vá; pero ninguno le escucha.

ni él escucha á los demás
que en derredor de la mesa
ansiosos de cobre están.



—Paroli!
—Venga
—La sota!
—Tres en puerta.
—Volverá?
—Una al seis, y se retiran.
—Un cuarto pisando al as.
—Sobra un ochavo.
—Dejarle.
—Está bien, pues casará.
—Otro corta!
—Yo!
—Ninguno.
—Vaya, cualquiera, es igual
ir entrando.... á la cargada;
—No quiero.
—No admito.
—Ya,

como que no le conozco
intenciones de amarrar.
—Qué es eso de amarros? venga
afuera, y me lo dirá....
por cinco ochavos que puso
aun se atreve á criticar!
—Yo puse lo mio, estamos!
como no voy á robar....
no sufro...!
—Por Dios, señores!
cálmense Vds...!

—La paz.
—Que me devuelva el dinero...
—Es imposible...!—Jugar!
Y vuelve á su calma el juego
y vuelve el cobre á sonar,
y estaban los jugadores
en silencio sepulcral,
cuando al rincón de la sala
se oye crujir el sofá.
En él se incorpora un joven
y con acento infernal,
dice: copo, y un suspiro
horrendo se oye lanzar,
que suspende las jugadas
por un instante no mas.
Segunda vez se levanta
cuando vuelven á jugar,
llamando así las miradas
con el grito funeral.

Pero el banquero irritado
pierde la paciencia ya,
y dice en tono atrevido,
—Vaya de una vez, copar.
—Copo... copo... al rey de copas:
copo al caballo, y al ás;
y otra vez en su delirio
se cayó sobre el sofá.
Sacúdense los bigotes
el teniente capitán
y desenvaina la espada,
dando dos pasos atrás.
A la primer estocada

echó la luz á rodar
ahuyentando á los cofrades
con su terrible zis, zás.
Sigue agitando en tinieblas
su espada de gavilán,
con una mano y con otra
aprisionaba el metal;
concediendo á las monedas
un indulto general.

Pero una vieja que estaba
en traje de vecindad,
amiga del veterano
y del durmiente quizás,
dijo: —señor, sino es nada,
si es Ricardito el de allá,
el baroncito del Roble
que se escapó del lugar...
á quien tronamos nosotros;
y como está sin un real...
—Que empeñe el capote y calle
la replica el militar.—
—El capote? que si quieres!
el capote? sí, ya va!
el capote, la levita,
un par de botas, el frá,

dos pares de pantalones,
tres chalecos, el gaban,
y otras cosas que se trajo
equivocadas de allá,
entre ellas un cronómetro
de su tío el mariscal;
todo reunido lo trajo
antes de ayer á empeñar,
y yo por ser un amigo
le he pagado un dineral.
Ay! Jesús! si se despierta
se vá á querer suicidar!—

Marzo 1842.

ANTONIO FLORES.



EL ENTIERRO DE LA SARDINA.



Al que no quiere caldo, la taza llena. Y es el
caso que temíamos disgustar á los lectores dándoles
un artículo sobre la bacanal del miércoles de ceniza,
y ahora nos vemos comprometidos á encajarles otro
sobre lo mismo, so pena de que esta lámina vaya sola

como una miserable inclusera sin su correspondiente
partida de bautismo. El grabador pudiera habernos
ahorrado esta nueva incomodidad, terminando su tra-
bajo en tiempo oportuno; pero la exactitud y la pun-
tualidad son palabras vacías de sentido entre los ar-

esta, mal que le pese á D. Ignacio Boix, que sufre una enfermedad de consideracion en los primeros dias de cada quincena. Porque como ese señor es de suyo activo, y la prensa periódica le llama infatigable, no se cansa nunca en ir y venir de la imprenta á casa del director de *El Laberinto*, de allí al estudio de los grabadores... al infierno iría con tal de conseguir que nuestro periódico saliese en los dias 1.º y 16 de cada mes segun está ofrecido. Pero Vds. lectores carísimos, van á ser jueces, aunque partes interesadas, en este asunto.

Yo bien sé que esto no es hablar del entierro de la sardina; pero la ocasion la pintan calva, y yo, que he traído esta por los cabellos, no quiero perderla, porque lo que está de Dios á la mano se viene, y cuando diere la baquilla, acude con la soguilla, que dijo Sancho. Figúrense Vds. (y es la verdad) que el *Laberinto* tiene CUARENTA Y DOS columnas con mas el Robinson; que escepto este último, todos los artículos son originales, y que al director no le sirve querer cumplir con el público si los demas escritores no quieren, ó no pueden cumplir lo que tienen ofrecido. Voy ahora mismo á explicar á Vds. la marcha que sigo en la direccion de *El Laberinto*, para que

juzguen Vds. de mi buena fé, ó para que se sirvan hacer cuantas observaciones y mejoras les sugiera su ilustracion:

Ni mas ni menos que en la mesa de un escritor de política se encuentra un ejemplar de la ley de imprenta, en la de un forastero un manual de Madrid, y en la de un diputado estudioso un reglamento interior del Congreso, así se ve en la mia un ejemplar del *calendario* de Castilla la Nueva, registrado siempre con cuatro meses de anticipacion. De manera que, cuando los suscritores de *El Laberinto*, gozan las delicias de la primavera estoy yo pensando en los baños de Carrañaca para distraer á los lectores de los abrasadores rayos del sol de agosto. La cosa es muy sencilla y dice así:

Llega el dia 1.º de enero y los artículos del periódico, hablan de turrón y de aguinaldos; pero mi calendario, marca mes de abril y anuncia la semana santa; pues señor artículos *ad hoc* y láminas idem. Doime á pensar sobre quien podrá escribirme cosas santas y paso la vista por las innumerables firmas que me han brindado su ilustrada cooperacion. HARTZENBUSCH, ZORRILLA, GALIANO, VALLADARES, RUBI, GIL Y ZARATE, MADRAZO, FERRER DEL RIO, LARRAÑAGA y otros

varios del sexo feo á quienes debo igual deferencia son muy á propósito para el caso. Del sexo hermoso tengo tambien á la señorita Avellaneda, que aunque ocupado con su novela de *Espatolino*, no dejaria de escribir gustosa, alguna poesia bíblica, en cuyos bellísimos versos pudiésemos admirar su inagotable imaginacion. Pero la empresa es mas difícil de lo que á primera vista parece; escribo sin embargo á todos esos señores que me hagan el obsequio de contribuir con sus sufragios, para el núm. 11 de *El Laberinto*, correspondiente al dia 1.º de abril, y como la fecha de mi carta es del 1.º de enero, nadie me dice que no, y todos me contestan sin aun los que no piensan cumplir su palabra. Porque así les sucede á los literatos con la palabra de honor, como á los gobiernos con las leyes fundamentales; por lo mismo que las tienen no quieren quedarse sin ellas.

La parte mas lastimosa, es la de dibujantes y grabadores; dígalos sino la lámina que motiva este artículo, excelente dibujo del señor Miranda, que debiera haberse incluido en el artículo del carnaval, y que nos obliga á poner esta, *Nota.*—Para la inteligencia de esta lámina, ó para la del artículo del carnaval, pues no se quien sirve á quien, véase el número anterior.

Revista de la Quincena.

No parece sino que los teatros van decayendo á medida que se acerca el fin del año cómico. Quiera Dios que sean como el fenix, y que pasada la época de los ayunos y vigiliat renazcan con vida y esplendor nuevo de sus propias cenizas! No vendrá mal en verdad despues de los quince dias que han pasado y que tal vez son los mas desgraciados de la presente temporada. Y no lo decimos porque hayan faltado espectáculos, sino por lo poco calificados que ellos han sido. Las traducciones han hecho el gasto como quieren, y aunque de poca importancia, de esta vez quizá seria mejor hablar de ellas ó por lo menos de una, que de las dos obras originales que se han presentado.

La *ambicion*, comedia que se representó en el Príncipe á beneficio de nuestro inimitable Guzman, encontró acogida tan desagradable en el público que solo una noche ha salido á probar fortuna á las tablas. No lo extrañamos, porque una desaprobacion tan explícita pocas esperanzas puede dejar á quien quiera que sea, de mejor éxito, y entre nosotros donde todavia no falta buena fé en la concurrencia, ni está organizado medio alguno de obtener un triunfo facticio, semejantes demostraciones tienen siempre su verdadero valor.

Las *Gracias de Gedeon* es una de las muchas piezas venidas de allende el Pirineo á las cuales se encuentra gracia una noche por la viveza del diálogo y la caricatura de los personajes: bien representada como lo son siempre las de su calibre en el teatro del Príncipe, y que por lo mismo pasó mejor de lo que debiera quizá.

Durante la quincena se ha presentado tambien en este coliseo el señor Robbio, violinista extranjero y discípulo del famoso Paganini, cuya ejecucion pareció digna de aplausos.

Mas movimiento y animacion ha habido en la Cruz donde se han representado tres traducciones, y la comedia original con el titulo de *Juan de las Viñas*. De aquellas la mas notable es *Mac-Allan ó la Dicha en la Dedicada* trasladada á nuestra lengua de la que con título

de *El Laird de Dumbicky* ha visto la luz pública en Francia firmada por Alejandro Dumas. No ha faltado allí quien suscitase dudas sobre su verdadera procedencia, y á decir verdad no nos parecen desnudas de fundamento, porque ni el diálogo, ni los caracteres pueden reclamar parentesco con los de *Mademoiselle de Belle-Isle*, y mucho menos con otras obras de distinto género que conocemos del fecundo dramaturgo y novelista. La trama misma está mas complicada que bien conducida, pero sin embargo es la faccion de esta criatura que menos escrúpulos nos infundiría sobre su pretendida paternidad, porque entretiene y revela gran conocimiento de la escena.

La ejecucion fué bastante esmerada, como que los papeles en general estaban distribuidos con acierto.

La comedia original en dos actos titulada *Juan de las Viñas* es como todas las del señor Hartzenbusch un dechado de locucion castiza y pura y de correccion y esmero en los detalles; dotes siempre recomendables á nuestros ojos, porque son buena prueba de severidad literaria y de amor al arte. En la presente obra son tanto mas de estimar cuanto que al autor de los *Amantes de Teruel* y *Doña Mencía* ha levantado un vuelo muy corto é incierto ademas. El pensamiento que ha querido desenvolver no se halla competentemente justificado, y los medios de que para lograrlo se vale, no son tampoco mas completos, aunque mas de una vez produzcan escenas vivas y chistosas. Por lo demas, la leccion ofrecida allí á los muchos Juanes que por el mundo abundan, es un poco revesada, no ya para ellos que suelen ser gentes de cortas entendederas, sino para la parte del público mismo que no participa de su indole bonachona.

La ejecucion fué excelente y la mas igual sin duda alguna que hemos presenciado en la Cruz de mucho tiempo á esta parte. La señora Perez que desempeña un papel muy análogo á su carácter, lo sacó airoso de la representacion. Los señores Lombía, Caltañazor y Azcona tambien anduvieron muy atinados y oportunos en los suyos, y mas de una vez arrancaron

aplausos merecidos. Los demas, aunque no del mismo modo, contribuyeron asimismo al éxito de la pieza, y nosotros por nuestra parte aprovechamos con gusto esta ocasion de elogiar con justicia, que no se nos presenta con tanta frecuencia como quisiéramos en este coliseo.

La comedia en un acto *Dumont y Compañia*, tiene escenas de las que en Francia llaman de *menage* graciosas y chispeantes; y aunque menos ligera que suelen ser las de esta clase, no deja de oírse con cierto gusto.

A la misma familia pertenece otra igualmente traducida, titulada: *Por no escribirle las señas*, que se puso en escena una de las noches en que Mr. Leboeuf ejecutó sus juegos de fuerza. La escuela de este es buena, y las pruebas de su fortaleza no peores.

En el Circo se ha ejecutado á beneficio del señor Ferranti el baile titulado *la Isla del Amor* que los carteles calificaban de fantástico y que nosotros llamaríamos mitológico, si no viéramos en él vapores, gente de corbata y frac y cosas por el estilo. Como quiera, fantástico ó mitológico, vale poquísimos, porque carece de aquel carácter á un mismo tiempo vago-dramático y melancólico, que tan agradables y dulces impresiones deja en *Gisela* y en *El Lago de las Hadas*. Sin embargo, como al talento le está concedido el don de amenizar aun lo mas estéril, no ha faltado ni podrá faltar concurrencia á un baile en que la señora Guy Stephan desempeña el principal papel. Parece indudable que todavia poseeremos otro año esta inestimable joya, y de ello damos el parabien al público madrileño. Este espectáculo estuvo bien exornado, y la decoracion última de apoteosis que representa el Templo del Amor, era de muy bello efecto.

Los ánimos están todos ocupados con la venida de la augusta madre de nuestra reina, y esperando fiestas lucidas y horas alegres. De suponer es, que los teatros no se queden atrás en estas públicas y leales demostraciones.

ENRIQUE GIL.

BOLETIN BIBLIOGRÁFICO.

Viajes de Fr. Gerundio. Ilustrados con viñetas en madera, y láminas de cobre.

Hemos visto las primeras entregas de esta publicacion, y nos han parecido muy notables, no ya por el texto, pues esa advertencia es casi excusada siendo produccion del festivo escritor don Modesto Lafuente, sino por el buen gusto de los dibujos, el buen desempeño de los grabados, y la belleza tipográfica, que brilla en lo que hasta aquí va publicado. Sin embargo, seria de desear que las cabeceras de los capitulos fuesen adornadas con viñetas, para la mejor armonía de una obra ilustrada como lo es esta.

Lecciones de elocuencia forense y parlamentaria, pronunciadas en el Ateneo por don Fernando Corradi.

Hemos tenido ocasion de ver el primer tomo de esta obra, analizada y encomiada por algunos periódicos de esta corte, cuando aparecieron las primeras entregas.

La obra del Sr. Corradi es una de aquellas que solo á fuerza de estudio y de una admirable constancia pueden llevarse á cabo: tantos son los puntos que abraza y tan importantes á la vez. Así nada tiene de extraño que el temor y la desconfianza de dar cima á sus trabajos le asalten á cada paso; porque no es sola la parte didáctica la

que ocupa sus lecciones, lo cual ofrecería escasa amenidad, sino que poseído de que la elocuencia no es otra cosa mas que la expresion genuina de las pasiones y necesidades públicas, recorre á todo su sabor y hace frecuentes escursiones en los vastos campos de la historia, de la política y de la filosofía.

El autor no podia menos de reconocer, y así lo manifiesta, que en los gobiernos de libre discusion, como el nuestro, la oratoria forense y parlamentaria son de una utilidad directa y reconocida para los usos de la vida, tanto civil como política. De aquí pues la gran necesidad que teniamos en España de una obra de esta especie, necesidad que ha satisfecho cumplidamente el Sr.

Corradi, si bien no con toda perfeccion, porque seria quimérico querer empezar siendo perfecto.

Para dar una muestra de lo que es la elocuencia, dice el autor: «La elocuencia, señores, es hija del talento y de la sensibilidad. La intima conviccion en nuestras creencias, el entusiasmo por la verdad y la justicia, la exaltacion de las pasiones generosas la provocan y desenvuelven. El primer hombre que dominó á sus semejantes por el ascendiente de la voz ó de la accion fué elocuente.» En tan pocas palabras se comprende al primer golpe de vista con singular facilidad lo que es la elocuencia en si y hasta donde alcanza su portentosa magia; y dice mucha verdad el Sr. Corradi cuando considerándola en su mas lata acepcion la ve de manifiesto en cualquiera obra de la imaginacion, en cualquiera produccion del talento, en un discurso como en una pintura, en una estatua como en una poesia. Asi es que nosotros consideraremos la elocuencia, con el autor, como un don de la naturaleza, con cuyo poder obligamos á nuestros oyentes á que abracen la opinion que les proponemos, venciendo y subyugando por medio del convencimiento y de la persuasion. Pero esta definicion, no solo la adoptamos para la elocuencia oral, como el Sr. Corradi, sino considerándola en su mas lata acepcion; porque ¿qué otra cosa hacen las inspiraciones musicales de Bellini que subyugar al auditorio y hacerle sentir y conmoverse? ¿Qué efecto es el que produce la santa Isabel de Murillo, qué es lo que enseña y persuade tan portentoso lienzo á todos cuantos le miran si no lo mismo que el autor se ha propuesto? Por eso decimos que semejante definicion es la que conviene á la elocuencia en general.

En lo que estamos enteramente conformes con el Sr. Corradi es en que de nada sirve el arte para la elocuencia sino para secundar á las gracias con que la naturaleza adorna á ciertos seres privilegiados; y las palabras sentenciosas que pone en boca de algunas personas que no debian entender mucho de retórica, demuestran esta verdad: tales son las de aquella matrona, que

oyendo referir el sacrificio de Abraham, exclamó: «¡Dios no hubiera mandado semejante sacrificio á una madre!» Lo mismo que la contestacion que dió al Parlamento aquel marinero ingles maltratado por una tripulacion española: «En tan duro trance encomendé mi alma al cielo, y mi venganza á mi pais;» ejemplos que patentizan, á la par que la verdadera elocuencia solo se manifiesta en el arrebató de las pasiones.

El Sr. Corradi ostenta una erudicion poco comun en el curso de sus lecciones, trayendo á cuento un sin número de dichos breves y sentenciosos, á fin de hacer patente la elocuencia en sus infinitas modificaciones. Entre ellos no podemos resistir el deseo de trasladar á este lugar algunos de ellos, tal como la contestacion enérgica y expresiva que dió á Carlos V el condestable de Castilla, cuando enojado por lo mucho que habia influido este para que las Cortes le negasen los subsidios que las tenia pedidos, le reconvino con áspera violencia, y aun llegó á amenazarle con que le arrojaría por un balcon. «Mirarse há V. M., repuso el condestable, pues aunque soy pequeño, peso mucho.»

Para manifestar la elocuencia del silencio en ciertos casos, como aquellos en que la lengua no encuentra en el idioma usual voces bastante significativas para expresar todo cuanto padece el corazon, cita la presencia de Busilecler ante el parlamento francés, intimando á sus miembros la eleccion entre firmar el decreto, privando á la casa de Borbon de sus derechos á la sucesion de la corona, ó seguirle presos á la Bastilla, y dice: «Todos se callaron, y todos se levantaron para seguirle.»

Respecto de la originalidad y espontaneidad de pensamientos, el autor presenta tambien ejemplos suficientes á demostrar que en balde aspirará á la palma de la elocuencia el que no reuba tan indispensables cualidades; y efectivamente, que al paso que da grima el oír un discurso estudiado, por mas que se halle enriquecido con las galas de la poesia y la mas esquisita erudicion, infunde entusiasmo el extraordinario esfuerzo que requiere el acto de la improvisacion de parte de todas las

facultades fisicas é intelectuales, y se imprime en ánimo del auditorio de la misma manera que en el orador.

Divide la elocuencia el señor Corradi en elocuencia grecoromana, elocuencia apostólica y elocuencia moderna, sobre cada una de las cuales amontona una porcion de incidentes curiosos, sacando á plazo los usos, las costumbres, las creencias y la legislación que tanto dominio tienen sobre las acciones humanas, y que por lo mismo es grande su influencia en el talento oratorio.

El estilo del señor Corradi es sumamente correcto y sentencioso al par que familiar, de tal suerte que en medio de su elegancia, se deja conocer que improvisa con suma facilidad; y nosotros que en mas de una ocasion hemos tenido el gusto de oírle y admirarle nos hemos convencido de que no solamente es dialéctico en sus peroraciones, sino que se presenta convincente al par que elegante y conciso, dando prueba de sobrado ingenio y de suma erudicion.

Lecciones de derecho político constitucional.

Tres entregas van publicadas de estas lecciones explicadas en el Ateneo por el insigne orador don Antonio Alcalá Galiano y comprenden hasta la leccion novena: en el último jueves explicó la leccion décima quinta. Dentro de breves dias saldrá á luz la entrega cuarta. Ocioso es recomendar unas lecciones que llevan de continuo al Ateneo numerosa concurrencia. En la que vá de curso ha explicado ya el señor Galiano cuanta dice relacion con las prerogativas reales, las atribuciones de los cuerpos legislativos y deliberantes, facultades y responsabilidad de los ministros, jurado, ayuntamientos y diputaciones provinciales. En la leccion décima sexta explicará el ilustrado profesor lo que hace referencia á la Milicia Nacional que sin ser un punto inherente á las constituciones ha venido á serlo por las circunstancias.

ANUNCIOS.

EL AMIGO DEL PAÍS,

PERIÓDICO DE LA SOCIEDAD ECONÓMICA MATRITENSE.



Saldrá á luz cada quince dias desde primero de marzo próximo en 4 pliegos marquilla con una lámina y el escudo de la Sociedad formando cada semestre un tomo con su portada, indice y lista de suscritores, siendo en su parte material una de las mas esmeradas producciones de las prensas del señor Boix, cuyo establecimiento ha sido premiado por la misma S. E. M. con la concesion del uso de su escudo.

Este periódico contendrá el resumen de las juntas generales y de secciones de la S. E. M. y de las demas del reino, así como de otras corporaciones literarias; las memorias, informes, dictámenes y trabajos mas importantes de las referidas Sociedades; los progresos, mejoras y descubrimientos útiles al país; artículos sobre industria, ciencias, economía, administracion, beneficencia é

instruccion pública y otras noticias de interés general. No admite nada de politica ni religion.

Sus redactores nombrados por la Sociedad, son: los señores socios don Juan Miguel de los Rios, don Antonio Martinez del Romero, don Lucas Tornos, don Mariano Castellano Diaz y don José Alejo Blazquez.

Se suscribe en Madrid en su redaccion calle del Turco, núm. 9 y libreria de Boix calle de Pontejos, núm. 8, y en las provincias remitiendo aviso franco de porte á esta redaccion con la correspondiente libranza sobre correos.

Precio de suscripcion 6 rs. mensuales en Madrid llevado á casa de los suscritores, y 24 rs. en las provincias por cada trimestre adelantado. El número suelto 4 reales vellón.

El primer número se repartió el día 1.º de marzo y el segundo el 16 del mismo.

DICCIONARIO DE AGRICULTURA, DE ROZIER,

publicado por D. Juan Alvarez Guerra

Que la agricultura ha dejado de ser una cadena de todos empíricos nacidos de ridículas preocupaciones; es una verdad incontrovertible; pero que esas rutinas agrícolas tienen un influjo demasiado funesto entre nuestros labradores es por desgracia otra verdad que sentimos no conozcan en toda su fuerza las personas que se dedican á la labranza. Al espíritu versátil del siglo actual tenemos que culpar repetidas veces por diferentes cosas de esa misma especie. Entregadas todas las clases de la sociedad á la lectura de obras frívolas siempre y perjudiciales las mas veces se advierte sin embargo una alicion lenta, pero progresiva, hacia las obras grandes, hijas del estudio é indispensables ya á la juventud ha de llegar á la altura de civilizacion que de todas partes se propala y que no tiene aun cimientos muy estables.



Van publicados seis tomos, y el séptimo estará corriente á mediados del próximo mes de abril.

DIRECTOR, D. Antonio Flores.

IMPRESO EN LAS PRENSAS MECÁNICAS DE D. IGNACIO BOIX, EDITOR PROPIETARIO.